

Inicio y consolidación de la ayuda domiciliaria en Colombia

Beatriz Castro C.*

Resumen

La ayuda domiciliaria en Colombia fue una actividad fundamental en el tratamiento de la pobreza desde mediados del siglo XIX. Esta actividad fue realizada por asociaciones laicas, a diferencia de la ayuda institucional en donde el Estado tuvo el liderazgo. La asociación más importante en Colombia en este campo durante la segunda mitad del siglo XIX fue la Sociedad de San Vicente de Paúl. Esta asociación además de las amplias labores de ayuda a los pobres, promovió la participación en el trabajo voluntario, al que paulatinamente entraron a colaborar diferentes grupos sociales, fomentando originales formas de asociación.

Abstract

Outdoor poor relief was a fundamental activity in the management of poverty since the middle of the XIXth Century in Colombia. This activity was carried out by nonclerical associations, different as well from the institutional assistance in which the State had the leadership. The Society of Saint Vincent of Paul was the most important association for this type of relief in Colombia during the second half of the XIX Century. In addition to the wide range of relief for the poor, this association promoted the participation of voluntary work, in which different social groups began to cooperate, and created strong links between its members, inducing new forms of association.

Palabras Clave: Filantropía, caridad, asistencia social, visitas domiciliarias, trabajo voluntario, sociabilidad.

* Doctora en Historia Moderna de la Universidad de Oxford. Profesora del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, Cali Colombia. La autora agradece la colaboración de Guillermo Vera en la realización del artículo. Este texto es uno de los resultados del Proyecto de investigación Colciencias no. 6097: *Filantropía en Colombia, 1870 1960*. Grupo de investigación: Sociedad, Historia y Cultura.

En términos generales las estrategias de ayuda a los pobres pueden ser agrupadas en dos grandes categorías: la ayuda institucional y la ayuda a domicilio. La ayuda institucional se pensó, se diseñó y se puso en marcha fundamentalmente a través de la creación de diferentes establecimientos para brindar ayuda a las personas más necesitadas. La ayuda a domicilio se organizó y se concretó en dar ayuda directa y ordenadamente a los pobres fuera de los establecimientos. La división en estas dos categorías no es una separación completamente absoluta de las dos estrategias de ayuda a los pobres. Muchas instituciones cumplieron múltiples funciones, hospitales, asilos y orfanatos fueron establecidos con varios propósitos, y solamente en el siglo XIX fueron adquiriendo funciones más específicas. Igualmente muchas sociedades y organizaciones que participaron en la ayuda a domicilio, fundaron o cooperaron con la ayuda institucional (Wolf 1997).

La ayuda institucional ha sido una de las estrategias más tradicionales para ayudar a los pobres desde la época medieval. El establecimiento más temprano fue el hospital, inicialmente una casa para los viajeros y para la gente que no tenía donde dormir, más tarde para acoger a los enfermos. Numerosos establecimientos posteriormente fueron creados y paulatinamente sus propósitos se fueron delimitando. Algunos de ellos, como los orfanatos, hospicios y asilos para mendigos fueron establecimientos cerrados al principio, donde los asilados no les era permitido tener contacto con otras personas fuera de las que estaban en el establecimiento y tampoco les era permitido salir; gradualmente algunos fueron abriendo sus puertas, mientras otros permanecieron cerrados y sus funciones de fueron especializando y profesionalizando. La mayoría de los establecimientos se establecieron en los centros urbanos y su fundación dependió básicamente de las iniciativas locales y su funcionamiento, de los recursos municipales, igualmente fue muy común que estos establecimientos fueran administrados y dirigidos por órdenes religiosas.

La ayuda domiciliaría era entendida como una ayuda más organizada, más racional y más útil que la ayuda que cada persona de forma separada, individual, esporádica e indiscriminada podría ofrecer, como era la limosna. Esta forma de ayuda a los pobres no fue realizada sistemáticamente en Colombia sino hasta mediados del siglo XIX, cuando se fundó la Sociedad de San Vicente de Paúl. No hay registros previos de este tipo de ayuda domiciliaría como una estrategia de asistencia a los pobres. No hay duda que desde el periodo colonial las parroquias individual y regularmente proveían asistencia a los pobres, y tal vez la mejor demostración de esto son las pinturas donde los pobres solicitan limosna en las puertas de las iglesias los días de ceremonia religiosa. Sin embargo no hay evidencias de que las parroquias tuvieran un sistema organizado de ayuda a los pobres como política del Estado o de la Iglesia. Más bien se podría decir que la ayuda casual y fortuita dependía de la generosidad de las parroquias y tal vez más aún de la prodigalidad del párroco, apoyada y reforzada con el espíritu cristiano de la caridad.

Desde mediados del siglo XIX la ayuda domiciliaria en Colombia fue realizada por instituciones o sociedades privadas, algunas de ellas bien organizadas y estructuradas y otras más informales, fragmentarias y dispersas. El Estado prácticamente no tomó parte en este tipo de ayuda, como tampoco hubo ninguna legislación acerca de la ayuda domiciliaria, incluso las políticas de prohibición de la mendicidad no estuvieron acompañadas de la promoción de este tipo de ayuda. El Estado concentró sus esfuerzos en la ayuda institucional a través de la fundación de establecimientos.¹ El Estado ocasionalmente ayudó financieramente a estas instituciones privadas en sus programas y actividades, pero solamente en 1918 el Estado cautelosamente empezó a involucrarse en este tipo de ayuda, específica y particularmente en programas de vivienda. La ayuda domiciliaria en Colombia, por lo tanto, se desarrolló a través de las políticas que estas instituciones privadas lideraron e implementaron.

Resulta claro a través del examen de toda la documentación consultada, pero igual lo comprueban otros estudios históricos sobre el tema, que durante el período en consideración fue la Sociedad de San Vicente de Paúl la que sin duda tuvo el mayor liderazgo dentro de las sociedades para ayuda a los más necesitados en Colombia, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, bien sea desde el punto de vista de sus aportes económicos, bien sea desde el punto de vista del número de personas que alcanzaron a recibir sus ayudas, como también por el cubrimiento que logró de manera extensa sobre el territorio colombiano, pues la Sociedad llegó a constituir una verdadera red de carácter nacional.²

Para 1907, la Sociedad tenía sedes en Bogotá, y más ampliamente en Cundinamarca, en las siguientes poblaciones: Zipaquirá, Facatativa, Fómeque, Chipaque, Cáqueza, Suesca, Cajicá, Machetá. En Medellín, y en las siguientes poblaciones antioqueñas: Abejorral, Marinilla, Rionegro, Antioquia, Salamina, Sonsón, San Vicente, Aranzazu, Yarumal, Guarne, Supía, Santa Rosa de Cabal, Angostura, Prado y Anserma. En Cali y en Popayán. En Bucaramanga y Cúcuta, y en poblaciones circunvecinas como Zapatoca, San Gil, Socorro, Girón, Málaga, Piedecuesta, Chinácota, Pamplona. En Tunja y sus alrededores: Chiquinquirá, Barbosa, Simijaca y Ramiriquí. En Manizales y Pereira. En Cartagena y Barranquilla. Y en Ibagué. Aunque también en muchos lugares del país se habían fundado seccionales que con el pasar de los años se habían extinguido, por motivos que no conocemos, como resultan ser los casos de Sopenetrán, Nemocón, Aratoca, Pasto, Vélez, Neiva, Puente Nacional, Barichara, Gachancipá, Pesca, Arbeláez, Chía, Chaparral, Guasca, Sopó, Ráquira, Fusagasugá, Ubaté, Santa Rosa de Viterbo, Sogamoso, Honda, Suaita, Garzón, Ubaque, Funza y Cogua. Y

¹ Es importante resaltar y señalar que en muchos países europeos y en los Estados Unidos, la ayuda domiciliaria fue el centro de las políticas estatales de ayuda a los pobres. Ver Innes (1998) y Adonica (1995).

² La mayoría de las fuentes acerca de la ayuda domiciliaria proviene de las instituciones y sociedades que realizaron las actividades, difícilmente se consigue otro tipo de documentación. Sin embargo las fuentes ofrecen bastante información que nos permite reconstruir sus desarrollos.

no hay datos sobre Pacho, Santa Marta y Convención, en donde al parecer también existieron, en algún momento, seccionales de la Sociedad (Uribe 1908).

Los lineamientos generales de la Sociedad de San Vicente de Paúl, en lo doctrinario y en lo organizativo, provenían de la Sociedad General que tuvo su origen en Francia en el siglo XIX y que tenía en esa época su sede en París. Los orígenes de esta Sociedad General eran constantemente relatados y recreados en Colombia, en los reportes que publicaba la Sociedad en los primeros años en los periódicos *La Caridad* y *El Catolicismo*, luego, entre 1869 y 1871, en su propia publicación llamada *Anales de la Sociedad de San Vicente de Paúl*, y posteriormente en los periódicos *El Orden* durante la década de 1880 y en el *Correo Nacional* durante la década de los 1890, hasta que empezaron a publicar regularmente el *Boletín* desde 1911. Estas publicaciones suministraban información sobre sus miembros y promocionaban sus actividades.

El relato coincide en sus diferentes versiones con que alrededor de 1833, en París, un grupo de jóvenes había creado la Conferencia de Historia, en la cual se discutían asuntos religiosos, literarios y filosóficos, se compartían inquietudes sobre la situación de los pobres y desvalidos, y se comentaba lo que por esa época ya se llamaba la “cuestión social”. La solución a la “cuestión social” era presentada en los círculos liberales católicos como una amplia práctica de aplicación de principios de justicia, de moralidad, de humanidad y de caridad, y era vista como otra alternativa a los levantamientos violentos de las clases proletarias por las condiciones de pauperismo en que vivían.

Estas inquietudes se fueron transformando en inclinaciones más prácticas, formándose posteriormente la Conferencia de Caridad, con el objetivo de profundizar en la “fe cristiana” por medio de la realización de actividades que proporcionaran ayuda a los pobres, en lo material a través de las limosnas, y en lo espiritual por medio de la instrucción religiosa (Montoya y Gamba 1989). Al principio este grupo de jóvenes no tenía una idea clara de cómo llevar a cabo sus actividades, pero parece que su trabajo se inició en un suburbio de París con el apoyo de una hermana de la congregación de las Hijas de la Caridad, a donde los llevaba para realizar visitas a los pobres y así ellos podían ofrecer algún tipo de asistencia. Estas visitas inspiraron a este grupo de jóvenes católicos liberales para darle la orientación a su incipiente organización (Cattenéo 1997, p.138). Desde sus inicios el lema del grupo fue “paremos de hablar acerca de la caridad, en cambio ayudemos a los pobres” (ibíd., p.136). Un año después de iniciadas las labores de estos cinco jóvenes del grupo, bajo el liderazgo de Frédéric Ozaman, le dieron a su naciente organización y a sus actividades el nombre de Sociedad de San Vicente de Paúl, en memoria del sacerdote franciscano canonizado en 1737. Pero ya no era más una organización para discutir sobre el cristianismo o la “cuestión social”, era una organización para servir y dar asistencia a los pobres. Para Frédéric Ozaman, el fundador de la sociedad, el desafío era que los miembros fueran mediadores para prevenir la colisión que ya se había anticipado entre los trabajadores paupérrimos y los ricos inescrupulosos (ibíd., p. 115).

La idea principal que movilizó a los miembros de la Sociedad aparece siempre descrita en la documentación con la palabra *caridad*, entendida como una ayuda material y espiritual brindada a quien la necesita. Se distinguían de esta forma de otras maneras de dar que eran indiscriminadas y dañinas, pero también se diferenciaban de la ayuda inspirada por la idea de la *beneficencia*, donde las visitas eran una asistencia fría, ausente de la base espiritual. Además la asistencia era vista como una forma de mejorar la vida de los miembros de la Sociedad tanto como la de los que recibían la ayuda.

La práctica que fue y sigue siendo distintiva a la Sociedad desde su inicio, y que ha constituido el núcleo de su actividad, su “técnica” principal de trabajo, ha sido la llamada *visita a domicilio*. A partir de esta práctica específica la Sociedad implantó desde su inicio una manera particular de atención a los pobres y necesitados:

La visita domiciliaria a las familias pobres es la obra fundamental de la Sociedad; es fácil de hacer y no requiere mucho tiempo; agrada y cautiva, porque tiene siempre un efecto inmediato, el de proporcionar un alivio material, y ninguna obra como ésta contribuye tan eficazmente a nuestra propia edificación y santificación. La sociedad envía sus miembros a la morada de los que socorre, no sólo a llevarles el pan y a que se cercioren de la verdadera situación de los agraciados, sino también y principalmente a que les lleven el alimento del alma, dándoles consejos prudentes y oportunos, así como religiosos consuelos, que abran los corazones a la fe y a la esperanza. (Uribe 1908, p. 87).

La visita domiciliaria era una forma de atención directa, cuyo objetivo era conocer la situación real de una determinada familia, para poder de esta manera determinar de la manera más exacta posible sus necesidades y el tipo de asistencia que se debería brindar. Pero sobre todo, la visita domiciliaria permitía crear vínculos personales estrechos con los grupos bajo atención:

La Sociedad adopta verdaderamente a las familias a quienes socorre: entre estas y los socios que deben visitarlas se establece un verdadero parentesco espiritual, de estrechos vínculos, como son los que forman la caridad cristiana (Uribe 1908, p. 102).

Para la realización de las visitas domiciliarias había para los miembros de la Sociedad cuatro recomendaciones que se repetían de manera permanente y que se consideraban como esenciales en el adelanto de esta práctica. La primera era la asiduidad o la frecuencia de las visitas, que debía permitir que el socio adquiriera experiencia y se ganara la confianza de las personas atendidas. La segunda, el tiempo de duración de la visita, la cual debía ser prolongada, se debía escuchar sin

³ La visita domiciliaria se esparció a finales del siglo XVIII y a principios del siglo XIX en Europa como la mejor forma de individualizar y controlar la ayuda a domicilio. Las visitas domiciliarias fueron intensas y exigentes en su trabajo y la razón de su popularidad fue el compromiso necesario y responsable para los religiosos o los voluntarios que la realizaran. Con relación a los métodos para una efectiva visita domiciliaria, *Le Visiteur du pauvre* de Joseph-Marie de Gérando, publicado en 1820, fue un importante hito en Francia y más tarde en Europa y los Estados Unidos.

prisa y permitirles hablar de sí mismos, con el fin de poder conocer más la vida de los atendidos. La tercera era la seriedad; de parte del socio que realizaba la visita debía haber dulzura, bondad y paciencia. Y la última era la discreción, no mostrar inquietud por descubrir los secretos, procurar no asombrarse y cuidarse de aparentar saberlo todo.

La práctica de la visita domiciliaria se desarrolló con esmero por los socios activos y fue el instrumento central para la creación de vínculos fuertes entre los que atendían y los atendidos. Para estos era el momento de la manifestación de agradecimiento por haber sido escogidos, aunque también un momento de examen en que se analizaba si el solicitante poseía las condiciones que lo hacían merecedor de los favores recibidos para el alivio de sus necesidades más apremiantes, como también el momento en que se inauguraba o se continuaba con la obligación de llevar un vida decorosa, parte central del contrato a que comprometía la ayuda recibida. Para los socios que realizaban la visita era un momento de reconocimiento social, de cristalización de los objetivos perseguidos por la Sociedad, de satisfacción individual y grupal ante el deber cumplido de haber servido a los más necesitados.

Desde sus reglamentaciones iniciales la Sociedad dejó claramente definido el problema de quiénes irían a ser los auxiliados. Al parecer se trata de criterios que no tuvieron modificación, o al menos no hay declaraciones explícitas que introduzcan variaciones en los criterios originalmente propuestos:

La Sociedad no socorre sino a los pobres que propia y verdaderamente se llaman vergonzantes, y en este orden de preferencia, madres de familia enfermas, con hijas y sin apoyo: madres con niñas y sin apoyo: huérfanas sin quien las ayude: artesanos honrados e imposibilitados para trabajar. (*Reglamento de la Sociedad de San Vicente de Paúl con las notas aclaratorias publicada en 21 de noviembre de 1853 por el Consejo General de la misma* 1912, p. 13)

Bajo ese criterio amplio la Sociedad divide a los necesitados en seis clases: las familias cuyas cabezas estén imposibilitadas para trabajar por vejez o enfermedad, que no tengan ningún apoyo y en que la mayor parte de sus miembros sean niñas; las familias en idénticas circunstancias a las anteriores y que aunque puedan trabajar, el producto de su trabajo no alcance para cubrir las necesidades de su familia; huérfanas sin apoyo y a quienes no se les puede dar colocación; niños y niñas que no tienen padres o son de mala conducta o porque han sido abandonados o porque no tienen posibilidad de darles alimentación y educación; artesanos honrados que no pueden ganar su subsistencia y personas que desesperadamente necesitaran trabajo.

Respecto de los criterios de selección para determinar quiénes de manera preferencial resultaban merecedores de ayuda, al parecer primaban tres: el de la enfermedad, la imposibilidad de trabajar y el ser menor de edad sufriendo algún tipo de abandono. Llama aquí la atención el hecho de que vistas las cosas con cuidado se trataba de criterios semejantes a aquellos utilizados por el Estado en cuanto a sus labores de asistencia social. Sin embargo, en la Sociedad había otros

criterios más, que se agregaban a los anteriores. En primer lugar el privilegio de la presencia femenina en los hogares, pues se estimaba que por tal hecho las posibilidades de ingresos para el sostenimiento de una familia eran menores. En segundo lugar la decisión de ayudar a una familia que tuviera un trabajo, pero que éste resultara insuficiente para el sostenimiento, siempre y cuando se diera la condición de honradez, aunque este último concepto se usara en forma amplia y no fuera precisado de manera estricta. Esto es importante porque en los informes anuales posteriores de las actividades de la Sociedad se va a hacer énfasis en que dentro del examen previo a la determinación de ayuda a las familias había que incluir cierto elementos de conducta de vida, como eran la legitimidad de la unión de los esposos, el bautizo y primera comunión de los hijos de los padres socorridos, la enseñanza de la higiene y el propio orden en la casa, elementos todos que parece que formarían parte de lo que se denominaba “honradez”, o que por lo menos siempre acompañaran a esta virtud, la que simplemente no tenía un cariz de virtud económica.

De la misma manera la Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín tenía condiciones explícitas, aunque no muy diferentes de las que antes consideramos. En 1893 se estableció que “debía darse limosna tan sólo a personas vergonzantes que carecieran de comer y de vestir y que no se atrevían a implorar la limosna en público, dejando de lado aquellas que conservaran una pequeña renta que les diera con qué comer y vestir” (Castro 1994, p. 15).

En 1921 nuevas reglamentaciones volvían a insistir de nuevo sobre los criterios de la elección de las familias pobres. En esta ocasión se era mucho más enfático y se subrayaban criterios que habían sido mencionados desde 1860, pero que para principios del siglo XX aparentemente habían perdido su vigencia, o que el paso del tiempo habían sido dejados de lado.

El primero de estos criterios que volvía a recordarse era el de que “no nos incumbe misión alguna respecto a mujeres jóvenes... elijamos, pues, familias en cuya visita no se encuentre ningún inconveniente, y dejémosles a las señoras la misión que más bien les corresponde, de socorrer a las señoras solas cuando son jóvenes”; criterio que posteriormente se suaviza con el argumento de que en algunos casos no había que permitir el sufrimiento de niños que resultaban inocentes.

El segundo criterio que volvía a mencionarse era el de que toda “indulgencia debe tener un límite: cuando una familia vive en el concubinato, y viola no sólo las leyes civiles sino las de la Iglesia”, solamente si la familia accede a legitimar su unión se puede considerar como una familia para ser adoptada.

Finalmente se determinaba cuál era el criterio que se debería utilizar ante la situación de varias familias en igualdad de miseria, y por qué se debería dar preferencia a las numerosas. (BSVP 1926) Es posible que este endurecimiento de los criterios de asistencia se debiera en parte a que las solicitudes de ayuda habían aumentado a principios del siglo XX y la Sociedad no tenía manera de atender todas las solicitudes que se le presentaban. Volviendo a los criterios de ayuda más tradicionales, que habían estado vigentes en el siglo XIX, necesariamente se

disminuía el número de las familias que resultaban objeto de socorro, retomando al mismo tiempo y con mucha más fuerza criterios más cercanos a lo católico que a lo humanitario, inclusive que a lo simplemente cristiano.

Para dar ayuda a cualquier familia o persona, lo primero que realizaba la Sociedad era una información secreta sobre las circunstancias y las necesidades detectadas, trabajo que realizaban los socios activos. Esta información se presentaba luego en la reunión semanal de los miembros de la Sociedad en donde se decidía a quién se iba a socorrer, cómo y con cuánto. Nadie tenía derecho de exigir a la Sociedad, ni a sus socios; ni los socorridos podían quejarse o hacer reclamos sobre la ayuda recibida.

Sin ninguna duda la visita domiciliaria fue y sigue siendo el elemento distintivo del trabajo de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Este tipo de acercamiento -esta forma de relación social- sobre todo visto desde el ángulo de su conformación histórica particular, debe ser analizado como una experiencia en construcción, como un modelo práctico al que se llega a través de una serie de tanteos y de encuentros exploratorios. Desde luego que previamente a una experiencia de esta naturaleza, cada una de las partes produce un sentido sobre ella y adopta unos comportamientos, que dependen de sus expectativas y de la imagen que construye de sí y del otro. Pero el encuentro solo se resuelve en su realización, y solo su repetición crea un modelo durable y, como observamos, va dando lugar a pautas y criterios.

Se puede decir entonces que la visita domiciliaria, como forma de relación social, plantea momentos diferentes. La primera aproximación contiene un elemento de “azar” relativo dentro del grupo “pobre” ya seleccionado, y digamos que algo de “desprevención” de ambas partes, puesto que el socio activo y la familia visitada no se conocen y no saben de manera precisa de sus actividades, aunque esto suceda siempre en un marco de expectativas conformadas de antemano. Al menos al principio debió ser así. Posteriormente, cuando las actividades de la Sociedad fueron mucho más conocidas, las familias visitadas contaban con un recurso mayor de información, aunque de todas maneras el elemento de “azar” permanecía, en tanto no existían aún criterios definidos para la selección del grupo favorecido.

El segundo momento estaba constituido por la “entrevista” y la “indagación” de parte del socio activo sobre la familia en cuestión. En este momento el socio debería tener ya unos criterios un tanto más claros, y aunque ciertamente se trataba de criterios unilaterales, durante esta fase del encuentro no podemos descartar la presencia de elementos puramente aleatorios como la “simpatía” que se podía establecer entre el socio activo y la familia visitada, y muchos otros elementos producto de la subjetividad. Sin embargo, podemos decir que en su trabajo de visita domiciliaria los socios trataban de hacer predominar los criterios “racionales” determinados por la Sociedad y asumidos por cada una de las Conferencias.

El tercer momento sería aquel en el cual la familia queda seleccionada por la Sociedad para recibir la ayuda establecida. En este momento se entabla una relación de intercambio. Los socios otorgan a las familias lo que la Sociedad ha establecido como una *quantum* de necesidades, aunque siempre dentro del margen de sus posibilidades. El otro tiene que recibir con gratitud y sin reclamo alguno. Aparentemente el socio da sin esperar retribución ninguna y la familia recibe sin esperar ofrecer nada en cambio.

Sin embargo el intercambio existe. El socio recibe un reconocimiento de toda la sociedad -a través del reconocimiento agradecido que ofrece el grupo particular seleccionado-, lo que reafirma su carácter de persona honorable, caritativa, bondadosa, lo que se encuentra inscrito en los fines mismos de la Sociedad. La familia tiene que mostrar a cambio cierto comportamiento cristiano -aunque más estrictamente católico-, lo que se refrenda en el compromiso de salir de uniones ilegítimas, asumiendo el matrimonio católico, aceptar para sí y para los miembros de su familia cada una de los sacramentos de la religión católica -en particular los del bautismo y primera comunión-, y en general entrar en un algo que puede ser llamado o estilo o aun un modelo de vida cristiana; pero un estilo del que no están excluidas reglas de urbanidad, de aseo, de higiene, de un gran contenido "civilizador". Mientras este intercambio permaneciera, la ayuda también permanecía. En el momento en que se quebrantara, se rompía el intercambio.

Los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl eran laicos. Según los reglamentos de la Sociedad los miembros de ésta eran de dos clases. Los activos, que eran los que trabajaban directamente en las tareas de la Sociedad, y los contribuyentes, que parecen haber tenido limitado su papel a la ayuda al sostenimiento de la Sociedad, a través de donaciones y contribuciones. Para ser miembro activo se necesitaba ser de buena conducta y católico y ser aprobado el ingreso por los otros miembros; ya admitido debía observarse un cumplimiento estricto del reglamento de la Sociedad. Para ser miembro contribuyente tan sólo se debía manifestar interés por colaborar con la Sociedad. Los documentos encontrados hasta ahora no muestran trazas de negación de ingreso alguno para ser miembro activo. Generalmente la propuesta de los nuevos nombres de miembros activos provenía de algún miembro ya en ejercicio, lo cual facilitaba el ingreso. Pero la documentación deja la impresión de que la inexistencia de rechazos a peticiones de ingreso tenía que ver con el hecho de que casi siempre los solicitantes mantenían con los miembros activos relaciones estrechas, sobre la base de las cuales eran precisamente invitados a ingresar.

Los documentos de la Sociedad brindan información acerca de las personas que ocuparon en distintos momentos la presidencia, y en ocasiones los nombres de quienes se desempeñaron como secretarios. Los demás miembros solo en ocasiones muy particulares se mencionan y esto de forma parcial, con la excepción de los miembros difuntos, cuyos nombres sí eran consignados.

Lo que podemos observar para Bogotá, Medellín y Cali es que muchos de los miembros de la Sociedad tuvieron una actividad política notable, en las más altas esferas del Estado. Por ejemplo, algunos fueron presidentes de la República,

como de José Manuel Marroquín, Marco Fidel Suárez y Carlos E. Restrepo. Muchísimos más, aunque no hubieran llegado a la propia conducción del Estado, tuvieron una figuración política importante. Citemos entre ellos a José Caicedo Rojas,⁴ Juan Nepomuceno Núñez Conto,⁵ Eduardo Restrepo Sáenz,⁶ Antonio José Uribe,⁷ Justino Valenzuela.⁸ Encontramos también algunos médicos importantes como Nicolás Osorio, José Félix Merizalde, Nicanor Restrepo, educadores como José María Arrubla (Sáenz 1991) y hasta un pintor miniaturista como Manuel D. Carvajal (Jaramillo 1982, p. 56).

En general podemos ver que la mayoría de los miembros de la Sociedad eran “gentes de sociedad” ampliamente conocidas por la opinión pública por su participación en la política y en los altos cargos del Estado, con formaciones profesionales, en donde se combinaban el derecho y la medicina, agregándose también los nombres de algunos educadores, pero igualmente participaban hombres de los cuales no tenemos información ninguna, lo que nos sugieren que eran hombres, al menos, sin grandes reconocimientos públicos.

La Sociedad y cada uno de sus miembros mantenían fuertes relaciones con la Iglesia católica. El grupo inicial en París siempre reporto en sus actividades la participación de miembros de las altas jerarquías eclesásticas de la Iglesia católica, como una forma de lograr reconocimiento de su trabajo y de legitimar su organización. De manera similar sucedió en Colombia. La fundación de la primera Sociedad en Colombia dependió de la visita del jesuita chileno Víctor Eizaguirre; las reuniones anuales de la Sociedad, en las que se presentaban los informes de actividades, siempre eran anteceditas por la celebración de la misa, y las reuniones eran presididas por el presidente de la Sociedad y algún miembro de la alta jerarquía de la Iglesia. En el caso de la ciudad de Bogotá, generalmente fue el arzobispo el encargado de cumplir con esta representación.

De la misma manera, las reuniones regulares estatutarias de algunas secciones, y posteriormente de algunas Conferencias, se realizaban en sacristías de las iglesias o de las capillas, en los conventos, o en el caso de Bogotá en la propia Casa Arzobispal, ocurriendo lo mismo cuando se trataba de otras ciudades, en cuyos casos siempre se dispuso de lugares facilitados por los párrocos. Igualmente muchas de las actividades realizadas o de los establecimientos creados, lo fueron en conjunción de la Sociedad con alguna comunidad religiosa o con algún miembro de la Iglesia. Se puede decir entonces que la Sociedad, si bien era laica, tenía fuertes vínculos tanto espirituales como sociales e institucionales con la Iglesia católica.

4 Diputado por Bogotá en 1850-51, presidente de la Cámara, además escritor.

5 Representante por Buenaventura en 1837, juez en Cali en 1846, rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora de Rosario.

6 Gobernador de Cundinamarca en 1894, miembro del Concejo Municipal de Bogotá, diputado por Bogotá en la Asamblea Constituyente de 1910.

7 Profesor universitario, Ministro de Educación en 1903-4 y de Relaciones Exteriores en 1901, senador en 1909.

8 Miembro del Concejo de Bogotá y senador.

Las comunidades religiosas con las que la Sociedad tenía relaciones más frecuentes eran las Hermanas de la Caridad Vicentinas y las Hermanas de La Caridad de la Presentación, lo mismo que los Hermanos Cristianos de La Salle, aunque mantenía también vínculos muy especiales con la Compañía de Jesús. Uno de los promotores y fundadores de la Sociedad en Colombia fue precisamente el padre jesuita Mario Valenzuela, así como también el famoso padre José María Campoamor, quien participó activamente en las reuniones de la Sociedad de Bogotá desde 1912. Una de las primeras y más conocidas obras sociales del padre Campoamor fue un programa de alimentación a los niños pobres, programa que inició en un local que le facilitó la Sociedad y con apoyo de ella. De la misma manera, la propuesta de la creación de los Círculos de Obreros fue publicada en 1915 en el Boletín de la Sociedad, como también el pensamiento de la Acción Católica fue divulgado en la misma publicación en varios números (*BVSP* 1915, 1928 y 1932).

Pero, si bien la Sociedad tenía nexos con la Iglesia, también los tenía con el Estado. La Sociedad apoyaba algunos de los establecimientos que dependían de la Junta General de Beneficencia y la Sociedad recibía auxilios nacionales, departamentales y municipales con mucha frecuencia, e incluso en algunos momentos el municipio decretó impuestos que beneficiaban directamente a la Sociedad, tal como ocurrió en la ciudad de Cali, en donde el 25% del impuesto al consumo de aguardiente en 1905 se destinaba para la Escuela de Artes y Oficios, que se encontraba a cargo de la Sociedad de San Vicente de Paúl de la ciudad (Acuerdo No. 51 1905)⁹. Los vínculos de la Sociedad de San Vicente con el Estado, con las sociedades y comunidades religiosas y con grupos de ciudadanos prominentes le permitió construir una vasta *red de apoyo* entre los diferentes establecimientos de beneficencia que existían en las ciudades más importantes del país, y aun en poblaciones menores, lo mismo que con otras sociedades o instituciones que ayudaban a las población menos favorecida. La Sociedad ubicaba a las personas con cierta facilidad en otros establecimientos o las recomendaba a otras sociedades. Tenía el privilegio de tener unas relaciones amplias en las sociedades urbanas en las cuales tenía sede. La obra de la Sociedad nunca se planteó como una solución total al problema de la pobreza, sino como un remedio parcial, que podía ayudar a solucionar en parte el problema existente, aunque hoy comprendamos que se trataba de remedios menores, y de remedios con contraprestación morales. Una de las preguntas que queda por responder de manera mucho más precisa es la de qué tanta “distribución de ayuda” logró la Sociedad a través de sus actividades, aunque a lo mejor esta pregunta puede resultar secundaria frente al hecho bien establecido del gran privilegio que logró dentro de las sociedades y grupos que se proponían objetivos similares, por fuera del varias veces mencionado reconocimiento social que obtuvo.

⁹ Archivo Histórico del Concejo Municipal de Cali, t. 173.

Si bien la Sociedad de San Vicente de Paúl se enorgullecía de su carácter “apolítico”, hecho que trataba de subrayar de manera frecuente en sus escritos, sin duda sus miembros en una proporción alta participaron en actividades políticas sobresalientes, y hasta fueron “prohombres” de la nación. El carácter apolítico de la Sociedad fue uno de los secretos para su éxito en los primeros años. Los fundadores parisinos creían que la participación política era una fuerza que dividía y que pervertía el mejoramiento y la transformación espiritual (Catténeo 1997, p. 129).

No hay duda que esta característica de la Sociedad contribuyó enormemente al fortalecimiento de la Sociedad en Colombia, debido a la fuerte confrontación de los partidos políticos en nuestro país en ese tiempo. La Sociedad trató siempre de evadir el estar involucrada en los enfrentamientos partidistas. Sin embargo, no se puede afirmar que esta neutralidad política estuvo siempre presente, por sus fuertes vínculos con las jerarquías eclesiásticas y con algunas órdenes religiosas; cuando el proceso de secularización fue motivo de enfrentamiento político, la Sociedad tomó partido. En 1863 la Sociedad decidió dar algunos fondos a religiosos de La Candelaria que fueron enviados al exilio. (*Anales de la Sociedad de San Vicente* 1870)

La naturaleza apolítica de la Sociedad también se encontraba en el proceso de admisión y de selección de sus miembros. Al menos en la formalidad lo que predominaba era el ethos como las aspiraciones que respondían a consideraciones humanitarias: “Dicen nuestras reglas, que es todo caridad: la política es absolutamente ajena a ella” (Uribe 1908, p. 114). Sin embargo resulta difícil establecer, más allá de lo que indica el sentido común, de qué manera esa participación política y el sistema de influencias que de ahí se derivaba, tenía un peso específico para sus actividades en la Sociedad. Es de suponer que el hecho es cierto, pero no disponemos de todas y cada una de las pruebas al respecto (Botero 1995). Lo que sí resulta perfectamente claro es que algunos de sus miembros eran de una élite social, cultural y política, por su posición económica, por sus títulos académicos, por sus actividades de dirección de la opinión pública y por su desempeño de cargos públicos de primera importancia.

La Sociedad realizaba dos grandes fiestas anuales: la del Sagrado Corazón de Jesús, el primer domingo de enero; y la de San Vicente de Paúl, el primer domingo de julio. Para estas fiestas los socios y otras personas no vinculadas directamente con la Sociedad contribuían de manera extraordinaria con limosnas y servicios. La fiestas consistían en una misa a la que todos los socios tenían obligación de asistir, y una reunión posterior en un sitio previamente designado por el presidente de la Sociedad, momento en el cual se presentaban los informes y se procedía a la elección de los cargos cuyos períodos se hubieren vencido.

Para 1912 la documentación señala que las fiestas especiales de la Sociedad eran cuatro: la de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, el 8 de diciembre; el primer domingo de cuaresma; el domingo del Buen Pastor, que es el segundo después de la Pascua de Resurrección, y el 19 de Julio que es la fiesta del patrono San Vicente de Paúl. Sin embargo, la Sociedad celebraba tan solo las dos

fiestas anuales, la del 8 de diciembre y la del 19 de julio (*Reglamento General de la Sociedad de San Vicente de Paúl con las notas aclaratorias publicadas en 21 de noviembre de 1853 por el Consejo de la misma* 1915). Según las fotografías existentes de algunas de estas fiestas, la participación era numerosa, sobre todo en la fiesta de julio, en que se realizaba el tradicional bazar para recoger fondos para la Sociedad, actividad que siempre era promocionada en los diferentes periódicos de la ciudad, y de cuyo éxito, asistencia y recaudos se informaba luego en la misma prensa, como una actividad “social” importante de la ciudad.

Es difícil hacer alguna observación “novedosa” sobre estas celebraciones, que se repetían año a año, al parecer sin mayores modificaciones, a la manera de una ritualidad un tanto vacía. De hecho constituían un espectáculo de reconocimiento entre los propios miembros de la Sociedad, como una presentación hacia el exterior -a través de la información de prensa-, pero es difícil suponerles una función precisa frente a los sectores subalternos de la sociedad, ni siquiera frente a aquel grupo que era socorrido por la Sociedad, pues el contacto de tales grupos con la celebración parece no existir, o por lo menos no parece tener mayor importancia. Podemos contentarnos con decir aquí que más allá de la función de recaudo económico, que efectivamente se cumplía, y de una función de integración para los miembros de la Sociedad, es difícil profundizar sobre otras posibles funciones, mientras no se tenga un cuerpo de informaciones sobre las cuales apoyar lo que de otra manera son más bien conjeturas.

Las primeras sociedades

Cuando se creó la primera asociación en Colombia había una preocupación manifiesta por la presencia y situación de los pobres en los principales centros urbanos que se va a expresar en el escrito ya clásico *La Miseria en Bogotá* de Miguel Samper.¹⁰ La fundación de la primera Sociedad de San Vicente de Paúl en Colombia tuvo lugar en Bogotá en 1857, y se debió a la iniciativa de un grupo dirigido por gentes muy destacadas de la ciudad como lo eran don Rufino de Castillo, el jesuita Mario Valenzuela, Ricardo Carrasquilla, Francisco Quijano, Francisco de Paula Franco, Matías Defrancisco y José María Trujillo Herrera, bajo el liderazgo del sacerdote jesuita chileno Víctor Eizaguirre, quien estaba por esa época en Bogotá ofreciendo algunas conferencias y dando a conocer la Sociedad, sus objetivos y alcances. Sin embargo la personería jurídica sólo se reconocería en 1883. (*Boletín de Historia y Antigüedades* 1938) Para ese momento la Sociedad tenía sedes en casi todos los países europeos, en Estados Unidos y Canadá, en Latinoamérica en México, Chile y Argentina (MC Colgan 1951 y Arrom 2001).

¹⁰ Este texto fue escrito en 1867 por solicitud de los miembros de la Sociedad de San Vicente de Paúl para la celebración del décimo aniversario de su fundación.

La Sociedad de San Vicente de Paúl de Colombia, aunque seguía los lineamientos generales de la matriz francesa, se mantuvo independiente administrativamente hasta 1911. En este año entra a pertenecer a la Sociedad General de París, lo que le significó cambios en su estructura jerárquica y en la manera de organizar sus labores y actividades, cambios que se correspondían con una reestructuración que la Sociedad General de París había planteado en 1850.

La primera instancia de la Sociedad era el Consejo General, que era la máxima autoridad de la Sociedad, y por lo tanto la instancia encargada de aplicar las grandes orientaciones y directrices de la organización. Tenía como sede la ciudad de París. Luego se encontraban los Consejos Superiores Nacionales, que se encargaban de orientar las acciones en cada país, siendo el medio de comunicación entre la instancia mundial y las nacionales. Le seguían los Consejos Centrales, los que agrupaban las Conferencias por diócesis, aprovechando de esta manera la estructura eclesiástica de cada país para su propia organización. Y en la parte más baja se encontraba las Conferencias locales, que eran los organismos encargados de desarrollar las actividades de base de la Sociedad.

Si bien en Colombia la Sociedad se expandió rápidamente por todo el país, solamente las sedes en Bogotá y Medellín estuvieron dinámicas en el sentido de operar continuamente desde sus fundaciones y organizar actividades que tuvieron impacto en las dos ciudades. Las sedes de la Sociedad en otras ciudades encontraron dificultades en establecer un grupo de miembros que operara permanentemente y que realizaran labores significativas como lo hicieron las de Bogotá y Medellín. No es fácil explicar completamente por qué las sedes de estas dos ciudades fueron exitosas, pero tal vez la situación financiera fuerte y estable, la obtención de mayores recursos para sus funcionamientos, junto con un mayor compromiso de sus miembros que le dio un gran estímulo a las tareas que desarrollaron, puede ser algunas de las explicaciones.

En Bogotá, la Sociedad se inició con tres secciones. La Sección Limosnera, encargada de recoger fondos para el funcionamiento de la Sociedad; la Sección Docente, encargada de enseñar la doctrina cristiana, y la Sección Hospitalaria, encargada de dar atención a los pobres.

En 1866 la Sociedad amplió sus actividades a la *visita domiciliaria*, con el apoyo de la Comunidad de las Hermanas de la Caridad, y la alimentación a viejos desvalidos con el programa de la Sopa de San Vicente. Las Hermanas de la Caridad que habían sido traídas para administrar el Hospital de San Juan de Dios de la ciudad, apoyaron las actividades de la Sociedad, especialmente la Sección hospitalaria.

En 1868, la sociedad ampliaba sus labores, y se propuso la creación de la Sección de Propaganda. Un año después el grupo de propaganda ya se encontraba conformado, pero por diferentes dificultades hubo de posponer el inicio de labores. En 1880 la Sección Limosnera se dividió en dos, y la segunda se llamó Sección Mendicante, y se encargada de solicitar fondos ofrecidos por los socios y distribuir luego esos recaudos entre las otras secciones. En 1882 la Sección

Docente se dividió dando lugar a la nueva Sección de Catequesis. La Sección de Amparo se creó en 1887, y fue la encargada de atender a los niños desamparados. En 1898 se canceló la Sección Docente porque se consideró que los establecimientos oficiales deberían responder a la necesidad de educación, continuando solamente la Sección de Catequesis. Aunque de esta manera parecía terminar la cooperación directa de la Sociedad de San Vicente de Paúl en el campo de la educación formal, sin embargo las Hijas de la Caridad y las Hermanas de la Caridad mantenían bajo su responsabilidad escuelas, especialmente para niñas, las cuales eran sostenidas con fondos oficiales.¹¹ En 1904 se restablece la Sección de Propaganda (Uribe 1908).

La labor de la Sección de Amparo en sus primeros cincuenta años fue principalmente la de auxiliar a los pobres que carecían de medios de trabajo, haciéndolo hecho a través de formas diversas, entre ellas la práctica del reparto de máquinas de coser -una forma de trabajo en la casa-, llegando a repartir 323 máquinas de coser, y también auxilios económicos para industrias manuales. La Sección de Catequesis de manera permanente se dedicaba a la enseñanza de la doctrina cristiana en las cárceles, en el panóptico, en el Hospital de Caridad y en el Militar, en las iglesias parroquiales, en los asilos, en los cuarteles y en las escuelas; también fomentó los retiros y ejercicios espirituales de San Ignacio. La Sección Limosnara en sus primeros cincuenta años había distribuido \$187.000 en favor de 18.770 familias (ibíd. 70).

Además de las secciones, la Sociedad también tenía lo que ella denominaba obras especiales. Sin embargo parecería que el funcionamiento de estas “obras” fue en ocasiones esporádico o intermitente, y de las creadas en los primeros cincuenta años de la Sociedad muchas fueron cerradas, o simplemente no hay huellas de una labor continua. Por ejemplo, el establecimiento temporal del hospital durante el periodo Federal, 1863-1880, debido a que la mayoría de los hospitales enfrentaron cambios administrativos. Como respuesta a esta inestabilidad institucional, en 1860 la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá fundó un nuevo hospital, con la aprobación de la municipalidad, con la colaboración del médico Venancio Ortiz y con el soporte de la Sociedad de Beneficencia, conformada por señoras de la ciudad, quienes ayudaban a conseguir los fondos y proveían la comida y la ropa de cama necesarios. El hospital inició con cuatro camas y brindando atención médica en el barrio Las Cruces; pocos meses después se trasladó a una casa más grande en la Plaza de San Diego, donde la atención a los lisiados de la guerra civil de 1861 fue su mayor ocupación. En 1865 el hospital se mudó nuevamente a un edificio con más espacio en Las Aguas, que había pertenecido a la comunidad religiosa de los Dominicos. En 1872 el hospital se cerró, porque el mantenimiento del hospital resultaba demasiado

¹¹ El proceso de crecimiento del sector educativo privado que se relaciona jurídicamente con algunas modificaciones de 1886, no coincide en el tiempo con el proyecto regenerador, ya que la educación privada como fenómeno de significación social no adquiriría fuerza hasta fecha mucho más tardía. Ver Silva (1989).

costoso para Sociedad y, dado que el Hospital de San Juan de Dios había regresado a su funcionamiento normal, ya no era necesaria la existencia de otro hospital en la ciudad. Durante estos doce años de existencia el hospital atendió a 1.255 personas. El edificio de Las Aguas pasó a ser una escuela primaria de niños y niñas.

Otras obras fueron las de varias escuelas primarias gratuitas, escuelas de artes y oficios y algunos orfanatos.¹² No hay que pensar desde luego que cada una de las fundaciones que eran anunciadas, o que se ponían en marcha, se mantenían en pie, sin tropiezos, desde el primer día. Más bien la impresión que queda es la de que muchos de estos establecimientos tenían una existencia contingente, a veces intermitente, pero siempre sobre la base de reconocer para la Sociedad una actividad continua en su trabajo de asistencia. El Hospital representa sin duda el proyecto más importante de la Sociedad durante los años de 1860. (*Anales de la Sociedad de San Vicente de Paúl* 1870).

Al lado de estos proyectos especiales hubo también otros de igual importancia. Desde los primeros años de su funcionamiento la Sociedad estableció la Sopa de San Vicente, que tenía por objeto dar en la semana una comida a varias familias. En 1877 se estableció la cuarta sección encargada de distribuir permanentemente alimentos a las familias que habían llegado a una extrema necesidad a consecuencia de la guerra. Y en 1895 se inauguró de nuevo la Sopa de los Pobres. Posteriormente, en 1902, comenzaron a funcionar las Cocinas de Caridad, que hasta 1904 había repartido 468.436 comidas (Uribe 1908, p. 75).

En 1895 con motivo de la guerra civil se fundó el programa de la Maestranza a cargo de la Sociedad de San Vicente de Paúl con el objetivo principal de dar trabajo a las mujeres cociendo uniformes para el Ministerio de Guerra. (*Memoria del Presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl y discurso del socio José María Rivas leídos en la sesión solemne celebrada el 21 de Julio de 1901* 1901). Se crearon 3.180 trabajos. La Sociedad calcula que así se pudieron alimentar 20.000 personas en una época de difícil situación por la guerra. (ibíd. 75) En periodos de crisis como fueron las guerras civiles, tanto la ayuda institucional como la domiciliaria fueron más dinámicas, a pesar de la escasez que predominaba.

Como parte de los proyectos especiales, la Sociedad también trabajaba en el frente de la vivienda para las familias pobres. Según los datos existentes, desde 1885 se inició la construcción de habitaciones pequeñas y para 1907 se informaba de la entrega de 72 de estas casas. (*Memoria del Presidente de la Sociedad Central de San Vicente de Paúl. Acta de la sesión solemne celebrada en la Capilla del Sagrario el domingo 20 de octubre de 1907 y otros documentos* 1908)

¹² En Bogotá fundó el Asilo de la Santa Infancia en 1895 con el soporte intermitente de la Junta General de Beneficencia de Cundimamarca. Igualmente empezó con una pequeña escuela primaria con doce niñas, anexa al hospital que abrieron y sostuvieron por unos años. Después registró escuelas públicas gratuitas en seis barrios de la ciudad: Las Aguas, Egipto, La Catedral, Las Cruces, Santa Bárbara, Las Nieves, San Victorino y Santa Isabel; algunas de ellas ocasionalmente recibían ayuda de los gobiernos municipales o departamentales.

Los ingresos de la Sociedad provenían de las limosnas de los socios activos, de los aportes de los miembros contribuyentes, de las donaciones de particulares, principalmente; a esto se agregaba a los recaudos producto del Bazar organizado anualmente por la Sociedad el 20 de Julio, en cual se vendían toda clase de objetos -no solamente comidas-, que los socios preparaban, fabricaban u obtenían en el curso del año, o que las señoras pudientes de la ciudad, artesanos y personas caritativas remitían; lo mismo que los beneficios producto del concierto de gala.

La recolección de fondos para garantizar la ayuda material, objetivo de la Sociedad, parece haber estado sometida a una regla o premisa: la de que cada persona ofrecía de acuerdo con sus posibilidades, y bajo su criterio y libre voluntad. La regla implícita era al parecer la de ofrecer de manera proporcional a lo que se tenía. “Si tienes mucho, da mucho; si tienes poco, da poco; y lo poco que tienes, dalo de buena gana” (Uribe 1908, p. 84).

La distribución de estos ingresos tendía a ser proporcional para cada sección, aunque primando sobre todo el apoyo a las actividades de la Sección limosnera. Pero este relativo equilibrio en el reparto varió según las necesidades y énfasis que la Sociedad tuvo a lo largo de su desarrollo. Desde su inicio dentro de su política se acordó guardar un fondo de reserva que se depositaba en una caja de ahorros, con vistas a cualquier eventualidad. En 1907 el 67% de los ingresos de la Sociedad en Bogotá estaba constituido por donaciones. Y el 72% de ese porcentaje le correspondía a la Sección Limosnera, de lo que el 50% era repartido en auxilios relacionados con las visitas domiciliarias. La Sección de Amparo recibía el 13% y la Hospitalaria el 7%. Las donaciones corrientes en dinero podían ir desde los \$50 hasta cifras que pasaban de los \$1.000. (ibíd.) Esto indicaría que junto con los aportes de cierta magnitud, y de gran magnitud, había un sinnúmero de pequeños aportes, que en ocasiones podían ser de benefactores de regular o baja capacidad económica.

La prioridad número uno para la distribución de los ingresos obtenidos era la de las actividades propias y más distintivas de la Sociedad. Seguían en el orden de prioridades los establecimientos que atendían por solicitud del municipio o del departamento, y dentro de estos las actividades de amparo eran las más favorecidas. Esta “estructura de gasto” en parte se explica porque los establecimientos propiamente estatales recibían obligatoriamente ingresos de parte del municipio o del departamento. Según ya lo habíamos hecho notar, los aportes que recibían los establecimientos estatales administrados por la Sociedad de San Vicente de Paúl, en algunos casos provenían de impuestos que los entes municipales o departamentales creaban para estos fines, como fue, por ejemplo, el impuesto del aguardiente.¹³

En sus primeros cincuenta años la Sociedad logró conseguir ingresos por \$12'025.829, una cifra importante, básicamente a través de donaciones y limosnas. Pero sus gastos eran casi la totalidad de sus ingresos, \$11'301.500.

¹³ Ver Archivo Histórico del Concejo Municipal de Cali, t. 173 (1905).

Los cambios más significativos en los gastos de la Sociedad de San Vicente de Paúl parecen haber ocurrido en los años entre 1897 y 1907, por esto resulta prudente presentar detalladamente estos diez años de gasto, para tratar de observar mejor cómo y cuándo se presentan esos diferentes cambios, y cómo se comportaron frente al gasto las distintas secciones, en particular las secciones Docente, Limosnera y de Amparo.

El salto en el incremento de los gastos de la Sociedad se da en 1901 y un segundo salto, no tan brusco, en 1905. Las secciones en donde se incrementó el gasto notablemente fueron primero la Sección de Amparo entre 1901 y 1905, lo que parece relacionarse con la construcción del Hospicio de San Antonio, y luego la de Catequesis, en el año de 1905. Las otras secciones tuvieron un crecimiento paulatino con incrementos más o menos iguales, con excepción de la Sección Docente, que a partir de 1900 no tiene gastos, desapareciendo al parecer esta actividad.¹⁴ La Sección de mayor gasto fue la de Amparo, desde su aparición, sustituyendo en esto el dominio tradicional de la Sección Limosnera, que resulta consecuente con la actividad primordial de la Sociedad, que era la visita a domicilio y la entrega de la ayuda a las familias en sus casas. Al parecer se trata de años de ensayo y error en las diferentes actividades de la Sociedad, hasta que la propia experiencia desarrollada lleva a la consolidación de algunas actividades, por lo menos en el caso de Bogotá, como ocurrió con la ayuda domiciliaria, con la actividad hospitalaria y con la de amparo, que resultaron ser los tres grandes puntales de la actividad de asistencia de la Sociedad.

En Medellín desde su inicio en 1882, la Sociedad de San Vicente de Paúl se organizó en cuatro secciones: la Limosnera, la Docente, la de Catequesis y la de Amparo. La Limosnera se encargaba de entregar bonos de ayuda a las familias seleccionadas, encargándose además de visitar a las familias que solicitaban auxilios, con el fin de lograr una información verídica y actualizada sobre su situación económica y de “costumbres”. Entre 1887 y 1888 fueron tramitadas 256 peticiones de ayuda, de las cuales fueron aprobadas 203, y 110 de las familias fueron visitadas. La ayuda era de 30 centavos por semana. Esta Sección inicia la obra especial de la Habitación para los Pobres o Casas de San Vicente en 1897, cuando compra 20 casas ubicadas en el barrio del mismo nombre, contiguas a la Casa del Mendigo, para las familias necesitadas de vivienda. En 1896 la Sección Limosnera se divide en tres, buscando intensificar su labor, con el fin de proporcionar casas arrendadas a algunas de las familias atendidas por la Sociedad. En parte el objetivo se logró, pues se auxilió a un grupo de familias con 38 casas arrendadas (Castro 1994, p. 21).

En su periodo inicial la Sección de Educación desarrolló sus actividades dentro del marco de los proyectos especiales, aunque el conjunto de las actividades no fue diferente a las desarrolladas en Bogotá. La enseñanza en los establecimientos

¹⁴ No hay claridad sobre las razones por las cuales la Sociedad decidió suspender la Sección docente; una explicación podría ser que toda labor docente pasó a formar parte de las obras denominadas especiales.

se hacía en el día y la noche, las escuelas nocturnas tomaron particular dinamismo posteriormente. Igualmente los Talleres de San Vicente, que ofrecían albergue y educación moral y técnica para sus asilados. En 1907 tenían 97 niños alojados (Botero 1996). Se fundó una escuela nocturna en 1887 y para 1890 asistían 145 artesanos; la municipalidad colaboraba con libros, lápices y la iluminación. En 1892 creó tres más y en 1894 decidió unir todos los colegios nocturnos en uno llamado Escuela Central con 160 artesanos, durante la guerra civil de los Mil Días fue cerrada, y reabierta prontamente en 1903. En 1907 había siete colegios nocturnos con 682 artesanos y obreros, y recibían apoyo de los gobiernos municipales y departamentales.

La Sección de Catequesis tenía a su cargo la educación religiosa que se llevaba a cabo en las escuelas. Inició el programa de los ejercicios espirituales y en 1901 se destinó una casa para realizar allí esta actividad, a la que se concedía primera importancia, y a la que de continuo se invitaba a todos aquellos que recibían los favores de la Sociedad. Igualmente se crearon secciones dominicales para los niños, con el fin de impulsar la enseñanza de la doctrina cristiana dentro de “la más tierna infancia”.

La principal labor de la Sección de Amparo era la de ayudar a las personas con instrumentos simples de trabajo, para colocarlos en condiciones materiales de realizar alguna labor que rindiera provecho económico. Igualmente esta Sección funcionó a la manera de una “bolsa de empleo”, para las personas que la Sociedad recomendaba, por medio de lo que se llamó Agencia de Pobres. Otra labor de la cual se hizo cargo a partir de 1895 la Sección fue la de dar alimentación a los reos en el presidio, así como brindar este mismo servicio en la cárcel de mujeres, por contrato con el gobierno departamental, y con ayuda de las señoras del Apostolado de la Oración.

La Sección tenía a su cargo, en 1892, también dentro del campo de las obras especiales, las Cocinas Económicas, y junto con la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, repartía raciones diarias de comida. Posteriormente recibió auxilios del departamento y del municipio para el cumplimiento de esta tarea. Existió igualmente la obra de la Caja de Ahorro, fundada en 1890 con el objetivo de fomentar el ahorro entre las clases trabajadoras.

Las obras especiales que inicia la Sociedad en este primer período continuaron en el segundo período con leves modificaciones. Las obras que van a verse disminuidas, y en ocasiones desaparecidas, durante el segundo período, son las relacionadas sobre todo con la educación, tal como había acontecido en el caso de la Sociedad en Bogotá. Las demás continuaron, algunas con relativo éxito, como parece haber sido el caso de la Caja de Ahorros. Para 1907 la Sociedad de Medellín contaba con 176 socios, y tenía secciones: Limosnera, Mendicante, Docente, Catequista, de Amparo y de Propaganda (Uribe 1908, p. 270).

Hasta 1910 la Sociedad de San Vicente de Paúl era la única sociedad que desarrollaba ayuda domiciliaria en una forma organizada en Colombia. Las sedes de Bogotá y Medellín concentraron sus esfuerzos en realizar las visitas domiciliarias a través de la donación de los bonos a las familias seleccionadas,

enseñando lo básico tanto en escuelas y lo técnico en talleres y escuelas de artes y oficios. La sede de Bogotá particularmente fue activa en el hospital, consultas médicas y distribución de medicinas y la sede de Medellín en la Caja de Ahorros.

Consolidación de las sociedades

A partir de 1911 la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá se vincula a la Sociedad General de París y adopta los reglamentos de ésta, lo que significó para la Sociedad local una reestructuración organizativa. El cambio sustancial consistió en la creación de las Conferencias, que se organizaban por capítulos especiales, repitiendo el mapa parroquial de la ciudad, y tomando el nombre de la parroquia. Tal espacialidad constituía entonces el área que tenían que cubrir para atención a las familias.

Pero el hecho de que las nuevas Conferencias calcaran la organización de las parroquias, adoptándola como su propia organización, no significó que las Conferencias tuvieran que trabajar bajo la tutoría de los párrocos. Ellas mantenían su autonomía e independencia como Sociedad, y la Sociedad centró sus actividades de nuevo en las visitas a domicilio, básicamente la tarea de la que se encargaba la Sección Limosnera, que era una de las que presentaban mayor dinámica, y por lo tanto generaba mayores gastos, en lo que podemos denominar como la primera etapa de la Sociedad. Las otras actividades se siguieron denominando como obras especiales, y se realizaban independientemente de las Conferencias, aunque en algunos casos con vínculos con éstas.

Las primeras nueve Conferencias que se crearon en Bogotá fueron la de Santa Bárbara, Nuestra Señora del Carmen, San Pedro, Nuestra Señora de Las Aguas, Nuestra Señora de Las Nieves, San José, Inmaculada Concepción, Las Cruces y Nuestra Señora de Lourdes. Posteriormente en 1915 se crearon tres Conferencias más: San Pablo, Sagrado Corazón de Jesús y Nuestra Señora del Rosario. El año siguiente se fundaron otras tres: San Francisco de Asís, Nuestra Señora de Belén y María Auxiliadora, completando hacia 1930 quince Conferencias en la ciudad. Algunas de las nuevas Conferencias eran divisiones de una antigua, procediéndose a un nuevo reparto “territorial”, para atender entre dos a una población urbana creciente, que no podía ser atendida por una sola unidad. Pero las nuevas divisiones también se explican porque la Sociedad tenía el criterio de que ninguna de las Conferencias podía ser de tamaño excesivo, ni desde el punto de vista de los socios que las conformasen, ni desde el punto de vista de las familias que fuesen atendidas, prefiriéndose un tamaño más o menos uniforme del número de socios y familias atendidas, como un criterio que aseguraba un mejor desempeño de las labores encomendadas.

Las Conferencias se reunían semanalmente. El sitio de reunión variaba, aunque solía ser en la parroquia en donde la Conferencia cumplía sus actividades, o en algún establecimiento de la Sociedad, si éste pertenecía al área de la Conferencia, o, finalmente, en la casa de alguno de los socios. Al comenzar la

reunión primero rezaban, luego leían algún texto de las lecturas recomendadas por la Sociedad, siendo la más frecuente la *Imitación de Cristo* de Kempis, luego compartían información general sobre la Sociedad, para pasar después a discutir las actividades que venían desarrollando. Se evaluaba el trabajo adelantado y se determinaba a quiénes se iba a ayudar; se planificaban las actividades para la semana siguiente, y por último se hacía la colecta entre los socios. Mensualmente se hacía un balance de entradas y gastos de la Conferencia. La asistencia a estas reuniones era variable, y se encuentran quejas sobre la no asistencia regular de muchos de los miembros, como también se encuentra la recomendación de buscar más personas que ayudaran en las labores de las Conferencias. Sin embargo hay un funcionamiento más o menos regular de las Conferencias durante veinte años, entre 1911 y 1931.

El número promedio de asistencia de socios a las reuniones de todas las Conferencias era de 164 al año, y el número promedio de asistencia de socios por Conferencia era entre 8 y 12 socios. La regularidad de las reuniones de las Conferencias a las cuales los socios asistían creaba unos lazos muy estrechos de amistad entre ellos, que a su vez eran vínculos de apoyo entre los socios ante cualquier dificultad. En el informe de 1924 la definen como “una amistad más fuerte que la muerte” (*BSVP* 1924, p. 23). Los miembros realmente conformaban algo muy similar a una hermandad, aunque ellos mismos enfatizaban que no querían ser vistos como una logia, su modo de funcionar y algunos privilegios que disfrutaban, como recibir indulgencias por sus buenas acciones, unía, sin duda, a sus miembros. Sin embargo, sus formas de ingreso y de pertenencia estaban referidas más a prácticas modernas de filiación. Los miembros de la Sociedad fueron exclusivamente hombres hasta 1920, cuando fueron fundadas Conferencias femeninas en varias ciudades, como Cali y Cartagena, e iniciaron las mismas actividades que las Conferencias masculinas, incluso en algunas ciudades las femeninas llegaron a ser más activas que las de la contraparte masculina. La tradición de las Conferencias femeninas en la Sociedad de San Vicente se remonta a 1850, cuando la primera fue creada en Bolonia (MC Colgan 1951, p. 392); estas Conferencias fueron creadas para atender a las mujeres y las niñas jóvenes principalmente.

La principal actividad de las Conferencias era la “adopción de familias”, es decir, la ayuda a las familias seleccionadas. La selección era exhaustiva de parte de los socios, en el sentido de hacer un estudio minucioso de familias bajo los criterios de la Sociedad. El mayor beneficio que se recibía era un bono semanal de auxilio en alimentos, pues al recibir éste la familia adoptada entraba a participar en los demás beneficios que la Sociedad proporcionaba. Así, se las iba dotando de ropa, calzado, abrigos y muebles, a medida que los socios podían constatar las carencias, y si algún miembro de la familia adoptada se enfermaba, era atendido con servicios médicos y medicinas. Se buscaba también proporcionar ayuda para conseguir empleo.

Aparte de estas ayudas ordinarias, las Conferencias también daban ayudas extraordinarias a las familias adoptadas. Éstas consistían a veces en dinero, cuando lo necesitaban para comprar instrumentos de trabajo, máquinas de coser o cuotas de arrendamiento en caso de desahucio. Algunos niños eran patrocinados para ingresar a escuelas, talleres, aprendizaje de la doctrina cristiana, preparación a la primera comunión y eran agasajados con regalos de navidad. Las familias adoptadas entraban en una red de apoyo y privilegios de las obras de caridad y beneficencia, no solo de la Sociedad, sino de un sistema más amplio de ayudas con las cuales la Sociedad estaba conectada. Obviamente los requisitos morales para estas familias eran grandes y de obligado cumplimiento, y su comportamiento era sometido a vigilancia estricta.

En las visitas semanales los socios recordaban a las familias adoptadas los preceptos de higiene, de aseo, de salubridad de las habitaciones, etc.; también procuraban convencer a las familias en concubinato de acudir al sacramento del matrimonio, y a los hijos para que recibieran los sacramentos del bautismo y primera comunión, cuando no los tenían.

Sin duda el vínculo entre el socio de la Sociedad de San Vicente de Paúl y la familia adoptaba era fuerte, no solo debido a la frecuencia de las visitas y a la ayuda recibida, sino también en virtud misma de la técnica de asistencia, que permitía entrar en el espacio más privado de las familias. El socio se convertía también en un vínculo seguro y confiable entre la familia adoptada y algunas instituciones de beneficencia privada y pública, pues la Sociedad garantizaba recomendaciones para atención en salud, en educación primaria o técnica, o en la búsqueda de empleo.

Entre 1911 y 1931 la Sociedad de San Vicente de Paúl auxilió como promedio 320 familias por año, lo que representaba alrededor de 1.300 personas atendidas.¹⁵ Los años en que más familias fueron atendidas resultan ser los de 1911 y 1917, en que se pasó de las cuatrocientas familias. Las Conferencias atendían como promedio entre 20 y 25 familias por año. Aparentemente no había gran diferencia en el número de familias adoptadas entre cada una de las Conferencias, no solo por el tamaño similar de éstas, sino por su funcionamiento análogo. Para 1918 fueron atendidas 365 familias, lo que representaba un número aproximado de 1.825 personas beneficiadas, que en términos porcentuales quiere decir algo cercano del 1.2% del total de la población de Bogotá. De esta manera la Junta General de Beneficencia lograba atender un porcentaje un poco mayor que la Sociedad de San Vicente de Paúl. Entre los dos entes no llegaban a atender a más del 3.4% de total de la población de la capital y 4.6% de la población necesitada.

Pero de ninguna manera la importancia e influencia de las instituciones de caridad y beneficencia, y mucho menos el significado social, político y cultural de la Sociedad de San Vicente de Paúl, pueden hacerse desprender de manera mecánica y directa de estos porcentajes, que son en apariencia muy bajos, pero

¹⁵ Ver Cuadro No. 1. El promedio que presentaban era de cinco personas por familia.

grandes desde el punto de vista de sus efectos. A este respecto tengamos por cuenta, cuando menos, que por cada familia atendida, había cinco o diez en espera de atención, y muchísimas más familias enteradas y conocedoras de los beneficios recibidos por algunas de ellas, y que también deseaban y aspiraban a formar parte del grupo de familias que tenían el privilegio de la atención brindada por la Sociedad.

A la Sociedad San Vicente de Paúl la ayuda a las familias adoptadas le significaba entregar en bonos y auxilios cerca de \$10.000 como promedio al año. Los bonos, oscilaban entre un peso y veinticinco centavos (*BVSP* 1919, p. 152). Aunque, claro está, una familia adoptada podía recibir varios bonos en el año. El tamaño de la ayuda, el monto del bono por ejemplo, era determinado por los socios después de las visitas domiciliarias, siempre rigurosas, y después de una selección hecha entre un conjunto mayor de solicitudes frente a un conjunto menor de posibilidades de ayuda.

Ahora bien, si calculamos a manera de promedios -simplemente como un artificio ilustrativo-, podemos decir que una familia al año podría recibir aproximadamente \$31.25 de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Esto quiere decir que cada familia atendida recibía en promedio cincuenta bonos al año y que el promedio anual recibido representaba entre un 12% y 13% del salario anual de un peón del sector público, según las estadísticas de salarios en Bogotá entre 1863 y 1933 compilados por Miguel Urrutia (Arrubla y Urrutia 1970).

Por fuera de la actividad central de la Sociedad, constituida por la ayuda a las familias adoptivas, cada Conferencia apoyaba de alguna manera cualquiera de las llamadas obras especiales de la Sociedad, y se puede decir que cada Conferencias terminaba especializándose en alguna actividad, que año por año era apoyada. Después de la reestructuración de la Sociedad, las obras especiales siguieron constituyendo básicamente labores similares a las que venían desarrollándose en sus primeros cincuenta y cuatro años: educación, salud, protección y la construcción de casas para las familias adoptadas. Esta última obra especial adquirió mayor significado alrededor de 1920.

En relación con la labor de amparo, fue creado el Dormitorio de San Vicente para niños, por parte del Consejo Directivo de la Sociedad, en 1910, con el objetivo de alojar niños no mayores de 12 años que se encontraran en completo estado de pobreza y abandono. En un primer momento el amparo estuvo a cargo de la Sección de Catequesis. Sin embargo, la Sociedad, como colectivo, tal vez por la importancia de la obra emprendida, destinaba \$3.000 mensuales para el sostenimiento. Cuando se inauguró acudieron alrededor 200 niños que antes dormían en las calles, los que de seis a ocho de la noche recibían enseñanza primaria, especialmente moral y religiosa, estaban sometidos a estrictas reglas de higiene y se les daba alimentación y dormida. Junto a este dormitorio fue creada una Caja de Ahorros (*BVSP* 1911, pp. 76-78).

Por otro lado la Sociedad realizaba la labor de protección, ayudando a crear establecimientos para este fin, dando auxilios a establecimientos ya creados por otras sociedades y ayudando a ubicar personas en otros establecimientos, mientras

asumía el costo de su sostenimiento. Para 1911 la Sociedad tenía la Casa de La Providencia y la de La Merced, sostenidas por el Concejo, en donde albergaba mujeres que no tenían sitio donde pernoctar. En la primera había 35 personas y en la segunda 49.

También la Sociedad ayudó a fundar la Casa de Oficios Domésticos en la Plaza de Las Nieves, establecimiento que combinaba el asilo con la educación, bajo la responsabilidad de las Hermanas de la Caridad. Allí había 64 niñas desamparadas. Ayudaba con auxilios a la Casa del Sagrado Corazón de Jesús que abrigaba 77 personas y apoyó a la fundación del Asilo de San Antonio para la infancia desamparada, que se encontraba a cargo del sacerdote Manuel M. Camargo y las Hermanas de la Caridad, lo mismo que ayudaba al Asilo de Ancianos, a cargo de las Hermanas de los Pobres.

En 1919 la Conferencia de Nuestra Señora del Rosario se dedicó a auxiliar al asilo de La Infancia Desamparada, que albergaba cerca de 200 niños (*BVSP* 1920, pp. 82-83). De igual manera pagaba las pensiones completas de 34 niñas huérfanas y las ubicaba, para asegurar una vida digna, con las Hermanas Terciarias Dominicadas, o con las Monjas del Buen Pastor (*BVSP* 1911, pp. 282-284). En 1919 la Conferencia de Santa Bárbara hizo ingresar cinco niñas al asilo de La Infancia Desamparada, que habían sido seleccionadas entre las familias adoptadas, una más en el Taller de María Auxiliadora, y tres en el Asilo de Preservación (*BVSP* 1920, p. 67).

En cuanto a la asistencia en salud, la Sociedad de San Vicente de Paúl Bogotá fue muy activa. Se prestaba el servicio de consultas gratis en algunos consultorios de médicos que pertenecían a la Sociedad y se suministraba drogas por medio de la Botica, igualmente sin costo alguno. En 1911 se atendió en consulta a 7.491 enfermos y se despacharon 8.088 recetas por un valor aproximado de \$177.086. La comisión hospitalaria invirtió \$207.149 (*BVSP* 1911, p. 276). En 1915 atendieron 5.216 consultas y la Botica gastó 1.269 pesos oro en entrega de medicinas.

En 1918 se amplía el número de médicos de la Sociedad para la atención a los enfermos, y se cierran temporalmente los consultorios que tenía la Sociedad, para que los pacientes se desplazaran a los consultorios particulares de los socios, pero las solicitudes para que abrieran de nuevo los consultorios fueron numerosas y la Sociedad volvió a abrirlos antiguos consultorios junto a la Botica. En 1918, atendió 2.033 consultas y en 1919, 2.493.

En cuanto a la educación, la Sociedad dirigía en 1911 las escuelas de San Vicente, en que se daba educación primaria y religiosa gratuita a 130 niños. Posteriormente se abrió una escuela elemental para los niños que habitaban en las Casitas de San Vicente. En uno de los locales de las escuelas funcionaba por las noches una Escuela Nocturna para artesanos, bajo convenio con el gobierno nacional. Como también se hizo un convenio con los Hermanos Cristianos para abrir dos escuelas más de enseñanza gratuita, en dos casas que habían sido donadas a la Sociedad, la primera en la Plaza de Las Nieves con capacidad para albergar 400 niños, y la segunda en la Calle octava, con capacidad para 250 niños,

pero en donde se esperaba poder ofrecer también educación nocturna a los obreros y artesanos (ibíd. 278). Para 1914 en educación se menciona tan sólo la escuela bajo la dirección de los Hermanos Cristianos con capacidad para 300 niños y la escolita junto a las 32 casas construidas por la Sociedad en el barrio de Las Nieves.

Sin embargo, al lado de estas escuelas dependientes del Consejo Central, algunas Conferencias también apoyaban otros establecimientos escolares. Por ejemplo, la Conferencia de Nuestra Señora de Lourdes fundó y sostenía una escuela para “niños de las clases más desvalidas”, en donde se les enseñaba a leer y escribir, se les preparaba para la primera comunión, se les repartía ropa y alguna alimentación. La Conferencia de San Pedro con el apoyo del párroco del barrio Egipto fundó una escuela para los niños “que por su extrema pobreza se encuentran imposibilitados para concurrir a las escuelas públicas del municipio”. La Conferencia de María Auxiliadora estableció un Taller para niños pobres, con el fin de enseñarles oficios artesanales. La Conferencia de San Francisco de Asís fundó una Escuela de Comercio para jóvenes pobres, en un espacio del edificio de la Orden Tercera de San Francisco (*BVSP* 1920, pp. 161-164). Para 1929 figuran en las informaciones la Escuela de San Vicente con 300 niños, la Escuela Modelo con 350, los Talleres de María Auxiliadora con 98, las Escuelas de Chapinero con 200 y la Escuela de la Calle 24 con 90 (*BVSP* 1930, p. 176).

En cuanto a los programas de construcción de vivienda se les dio prioridad dentro de las “obras especiales”, pues se pensaba que “la construcción de habitaciones para familias pobres es hoy, en el mundo entero, uno de los medios más eficaces de resolver cristianamente la cuestión social. En ello trabajan simultáneamente los poderes públicos y las sociedades de beneficencia y caridad” (*BVSP* 1924, p. 122).

En julio de 1910 la obra de Habitaciones para los Pobres inauguró las primeras 18 casas construidas por la Sociedad, en la Calle 24, cerca del Parque de la Independencia, tarea en la cual se habían invertido \$633.349. El Consejo de la Sociedad concedió el uso gratuito de estas casas a “familias honorables y vergonzantes”, dando techo a 90 personas. Se contrataron en 1911 otras 14 casas para ser construidas en los años siguientes, adjuntas a las anteriores, pues la Sociedad había adquirido un lote para tal objeto (*BVSP* 1911, p. 280). Estas casas se entregaron el año siguiente, para así dar vivienda a 209 personas (*BSVP* 1912, p. 121).

En 1916 la obra de Habitaciones para Pobres reacomoda 15 nuevas familias, pues se cancela el beneficio a 15 que habitaban en ellas, aunque no se explican los motivos del relevo. La construcción estaba prácticamente paralizada, solo se estaba construyendo una nueva casa, y se mencionan gastos en la reparación de las ya existentes. Se dedicó la obra a socorrer a estas familias de diferentes maneras: a través de la repartición de ropa, cobijas, colchones y en ocasiones comida; por medio de becas para algunos niños de los que habitaban las casitas otorgadas, a través del ofrecimiento de atención médica a los enfermos y drogas en la Botica; también se realizaron repartos de juguetes en la época de navidad,

preferentemente a los niños (*BSVP* 1917, p. 124).

En 1918 se vuelve a realizar una asignación de las casas a nuevas familias, y a las que se les retira el beneficio, se las ayuda con el arriendo de un mes. Para este año la razón del cambio de familias ocupantes de viviendas tiene que ver con el hecho de que éstas ya habían mejorado su nivel de vida y podían ahora pagar una vivienda (*BSVP* 1919, pp. 159-160). Se continúa con la ayuda en ropa, comida, educación y salud. En el año siguiente la Sociedad tenía 38 casas en total y concentró sus recursos en construir un mejor edificio para la escuela que funcionaba cerca de las casas de San Vicente, en la Calle 24. Funcionaba una escuela alternada para niños y niñas, y en las noches una escuela nocturna para los obreros (*BSVP* 1920, p. 87). La Conferencia de Nuestra Señora del Rosario recibió como donación una finca urbana del señor Tandeo F. Macharaviaya, que decidió arreglar como terreno para 15 casas de habitación (*BSVP* 1920, p. 164).

A principios del año de 1922 la Sociedad presentó un informe más o menos completo sobre las obras de habitaciones para pobres, informe que nos permite aclarar cuántas son las casas y las otras viviendas que ha puesto a servicio de las familias adoptadas. Al parecer eran 35 casas ubicadas en la Calle 24, con dos salones que correspondían a las escuelas, lo que constituyó su primera obra; una casa en la Calle 17, dos casas en la Calle 26, 12 casas en la Calle 10, llamadas Jardines Obreros y un edificio en la Calle 15, con diez y seis piezas (*BSVP* 1922, p. 149). Al año siguiente se contabilizan 53 casas para familias, en donde vivían 392 personas, un promedio de siete personas por vivienda (*BSVP* 1923, p. 94). En un censo realizado en 1925 en los barrios llamados San Vicente y Jardines de Ozaman, se da cuenta de que ahí habitaban en total 65 familias en 65 casas; en el primero había 275 personas y el segundo 187 (*BSVP* 1926, p. 47). En 1931 el número de viviendas había aumentado a 120 casas (*BSVP* 1932, p. 180).

El Estado intentó promover la construcción de viviendas y trató de conseguir fondos para estos programas. Su significado queda muy bien expresado por el presidente Marco Fidel Suárez: “La casa para el hombre es la mitad de su vida. Si la alimentación debe ser sana y bastante, si el vestido ha de ser decente y adecuado, la casa es el hogar donde el hombre experimenta más que en otra parte su libertad, y donde puede sentir la dicha que producen los afectos domésticos y la educación de la familia. Es muy satisfactorio que una ley del presente año hay decretado un considerable auxilio para el fomento de estas habitaciones” (*Bisemanario religioso* 1918). En 1918 el concejo de Bogotá decretó la ley 46 en la que el municipio daba 10.000 pesos para construir casas para los obreros. En 1919 fue creada la Junta de Habitaciones Obreras de Bogotá para construir casas basadas en unos planos utilizados en Buenos Aires para la construcción de casas nuevas para obreros. El nuevo barrio de Buenos Aires fue construido en 1924 y fue adquirida la tierra de lo que serían los barrios del 1 de Mayo y Acevedo (Noguera 1998). En 1925 el periódico *El Catolicismo* reportó una adición para la construcción de casas para los pobres realizadas por la Sociedad de San Vicente y el Círculo de Obreros y la municipalidad también construyó algunas casas en el barrio 1 de Mayo, a pesar de los problemas no resueltos de abastecimiento de agua y drenajes (*El*

Catolicismo 1925). Sin embargo, el éxito del Estado en la promoción de programas de vivienda en este periodo fue tan solo un comienzo.

Alrededor de 1919 se inicia un programa que se denomina Caja de Alquileres, que tenía como objetivo ayudar a las familias adoptadas por las Conferencias a pagar el arriendo de sus casas. Las familias iban consignando su dinero destinado al pago del alquiler de su casa, y al finalizar el mes cuando habían completado el monto, se les devolvía con una prima que no bajaba de 20 por 100. La Conferencia de Nuestra Señora del Carmen inició esta obra que más tarde se fue generalizando (BVSP 1920, p. 164).

Una obra especial que se inició de manera tardía en Bogotá, si se compara con Medellín, fue la de los ejercicios espirituales. En 1925 la Sociedad pone empeño en esta práctica de los ejercicios espirituales, con la protección del Arzobispo Primado y junto con la Hermanas de la Caridad y los Jesuitas.

En sus primeros veintiocho años la Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín estuvo organizada en secciones y tenía sus “obras especiales”, tal como acontecía con la Sociedad de Bogotá. En 1910 la Sociedad de Medellín “declinó visiblemente”, como se reconoce en uno de sus *Boletines*, aunque no se ofrece ninguna explicación del hecho. Una razón pudo haber sido en cierre de los Talleres de San Vicente (Botero 1995). A partir de 1911 la Sociedad de Medellín al igual que la de Bogotá adoptó por unanimidad el Reglamento Universal de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Esta reestructuración hizo que la Sociedad de Medellín organizase un Consejo Central y doce Conferencias, que de manera práctica se encuentran establecidas en 1915. Las primeras doce Conferencias fueron las de Santa Ana, Inmaculada Concepción, Veracruz, San José, San Ignacio, Salvador, San Antonio, Nuestra Señora de las Mercedes, San Joaquín, Santa Teresa, San Pedro Claver y Nuestra Señora de las Dolores de la Universidad de Antioquia.

De estas doce Conferencias, las siete primeras correspondían a las siete Secciones que la Sociedad tenía organizadas en 1919 por barrios. Luego en este año aparece la Conferencia de San Juan de Dios de la Escuela Normal de Varones, en 1922 la Conferencia de San Juan Bautista de La Salle, perteneciente al Colegio de San José, y en 1923 la de San Gregorio, perteneciente a la Escuela de Minas. Y finalmente para 1930 se habían estabilizado catorce Conferencias, habían desaparecido tres de las que funcionaban en centros educativos: las de Nuestra Señora de Dolores de la Universidad de Antioquia, San Juan de Dios de la Escuela Normal de Varones y la de San Gregorio de la Escuela de Minas; y se había creado la de Nuestra Señora de Lourdes.

El número de los socios activos de cada una de las Conferencias de la Sociedad de Medellín resultaba mayor que lo acostumbrado en el caso de Bogotá. Y aunque no hay información regular sobre este punto, en algunos informes se menciona que oscilan los miembros de cada Conferencia entre 100 y 200. Esto contradice la política que tenía la Sociedad para Bogotá, pues la orientación era la de que las Conferencias fueran de tamaño más reducido, para que trabajaran efectivamente. Pero el tamaño de las Conferencias de Medellín puede mostrar, al mismo tiempo, que la participación de socios era alta en la Sociedad de Medellín.

El promedio de familias atendidas entre 1912 y 1930 fue de 544. Para se 1918 atendieron 691 familias, lo que significaba aproximadamente 3.455 personas, y representaba el 4.3% del total de la población de Medellín. Para la Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín significó aportar \$8.311 como promedio anual en estos 19 años. Cada familia recibió anualmente \$12, lo que representaba el 6.2% del salario de un obrero de las fábricas de la ciudad.¹⁶ La Sociedad de Medellín repartía anualmente por familia la mitad de lo que repartía la de Bogotá, aunque tenía mayor cobertura.

Por otro lado tenemos las Obras Especiales que la Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín adelantaba. Para 1911 se trataba de las Habitaciones para Pobres, la Caja de Ahorros, el Ropero de los Pobres, la Cocina Escolar, las Escuelas Nocturnas, la Casa de Ejercicios y los Salones de Lectura. En 1915 con la reestructuración de la Sociedad ciertas Obras Especiales pasan a depender de algunas de las Conferencias y otras quedan bajo la responsabilidad directa del Consejo Central.

La Obra Especial de las Habitaciones para Pobres, a partir de 1915 queda bajo la responsabilidad de las Conferencias de Santa Ana, con 20 casas en el Barrio de San Vicente, en donde habitaban 108 personas, y 9 casas más en donde residían 38 personas en el barrio de Santa Ana, y la Conferencia de la Inmaculada Concepción atendía 10 casas del Banco de Sucre y 10 de la Caja de Ahorros, en donde habitaban otras 96 personas. Este programa de asistencia, caracterizado como Obra Especial, fue creciendo progresivamente con la participación de la mayoría de las Conferencias, aportando por lo menos una a dos casas por año, y siendo uno de los programas de trabajo distintivos de la Sociedad. Para 1921 había 70 casas, 101 en 1925 y en 1930 llegaban a 138 casas, en donde habitaban 710 personas. La municipalidad de Medellín, igual que la de Bogotá, trató de promover la construcción de viviendas para los obreros y creó la Comisión de Asuntos Sociales para la construcción de 63 casas entre 1924 y 1928 (Noruega 1998).

La Caja de Ahorro quedó asignada a la Conferencia de la Inmaculada Concepción, que había sido fundada en 1896. La creación de la Caja tenía como objetivo central el de fomentar la práctica del ahorro, de hecho considerado como una virtud, entre las trabajadores y sectores pobres de la sociedad. La dinámica de la Caja de Ahorro fue de cierta manera sorprendente. Para 1917 había aumentado su movimiento en un 12% respecto del año anterior, pero con la ventaja de que los depósitos se habían también incrementado. Para finales de 1910 tenía depósitos por 5.061 pesos oro, para 1915, 32.612 y para 1919, 118.434. Debido precisamente a ese crecimiento significativo y a su dinámica inesperada, para finales de 1919 por intermedio del Arzobispo se decide que la Caja de Ahorro salga del manejo de la Sociedad de San Vicente y pase a ser administrada conjuntamente con la Acción Católica, para darle mayor dinamismo. Así que la Caja de Ahorros pasó a tener un Consejo Superior, el cual estaba formado por el

¹⁶ El dato del salario anual de los obreros de Medellín es tomado de Ospina (1974).

Arzobispo, el presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín y el presidente de la Acción Católica; y por otro lado una Junta Directiva compuesta por tres miembros particulares nombrados por el Consejo Superior, un gerente y un secretario-contador. La Acción Católica también adquirió el control de la Caja de Ahorros fundada por el Círculo de Obreros de Bogotá, que también tuvo un éxito similar.

La Cocina Escolar o Sopa para los niños estaban bajo la responsabilidad de la Conferencia de San José y recibía apoyo permanente del Municipio de Medellín. Esta Obra Especial fue aumentando paulatinamente las raciones de alimentos que llevaba a las escuelas. Posteriormente en 1921 también entregaba raciones de alimentos a las sala-cunas, programa que se había creado paralelamente al de La Gota de Leche, y funcionaba los martes y jueves de cada semana. En 1916 repartió 100.000 raciones, con un costo de 2.359 pesos oro, en 1922, 119.870 raciones, que representaban un costo de 3.609 pesos oro, y en 1928, 122.806 raciones con un costo de 8.463 pesos oro.

A la Conferencia de El Salvador le dejaron a cargo la Obra Especial de la Casa de Ejercicios. Su labor era mantener el establecimiento en óptimas condiciones y organizar durante el año grupos que realizaran ejercicios espirituales, durante varios días, o prestarla para algún grupo que la solicitara, pero siempre con ese exclusivo fin. En esos días de reflexión espiritual se realizaban lecturas del y sobre el Evangelio, y se ofrecía todo tipo de enseñanzas cristianas. El movimiento por año de la Casa de Ejercicio fue creciendo, como casi todas las Obras Especiales de la Sociedad de Medellín, y en 1916 se realizaron 15 jornadas de ejercicios con 915 personas, en 1922 un número inferior de jornadas con asistencia de 540 personas, en 1930 el número de asistentes volvió a subir a 1.287. Los grupos que concurrían a la Casa de Ejercicios se organizaban por algunas afinidades, casi siempre profesionales, por ejemplo sacerdotes, obreros, empleadas domésticas, caballeros, señoras, estudiantes de colegios.

Las otras Obras Especiales que dependían del Consejo Central fueron el Granero de San Vicente, la vigilancia de las Escuelas Nocturnas, las Salas de Lectura, y el “Catequismo”. El Granero de San Vicente era una especie de centro de abasto para proveerse de víveres a menores precios y para poder comerciar de manera equitativa los bonos que las distintas Conferencias regalaban a las familias adoptadas. Esta decisión de organizar el Granero se debió “a las dificultades que se presentaban a las familias favorecidas por la Sociedad para hacer efectivos los bonos con que se les auxiliaba, en proveedurías particulares y debido a abusos frecuentes que se cometían, ya por parte de los pobres, ya por la de algunos especuladores que a veces llegaban hasta comprarles el bono a menos precio para entregarles su valor en dinero; resolvió entonces el Consejo establecer un granero surtido de los víveres más comunes y más solicitados por las familias, para despacharles allí sus raciones semanales” (BSVP 1916, p. 215).

A partir de 1920 el Granero no solo abastecía a las Conferencias de la Sociedad de San Vicente con 11.909 bonos, que representaban 8.413 pesos oro, sino que también repartía bonos a la Acción Social: 845 bonos con un costo de 545 pesos

oro y a las Madres Católicas: 320 bonos por un valor de 204 pesos oro. El Granero distribuía principalmente carne, chocolate, panela, maíz, frijol, papas, arroz, sal, plátano, cacao, almidón, jabón, manteca, pan, velas, fósforos, café, leche e hilo.¹⁷

La inspección de las Escuelas Nocturnas fue una labor que se fue diluyendo en el tiempo y que no tuvo continuidad, o por lo menos esto es lo que indica la documentación consultada. Puede haber ocurrido desde luego que la Sociedad tomara la decisión de que esta función no le correspondía, o no resultaba importante en el marco de sus estatutos y reglamentaciones generales, o simplemente de los principios que la inspiraban; lo cierto es que la tarea no parece haber tenido continuidad.

Las Salas de Lecturas siguieron un funcionamiento más o menos permanente durante los diferentes años. En ellas se prestaba el servicio de un lugar de lectura en los días domingos y feriados, aunque no hemos podido establecer si existía el servicio de préstamo a domicilio. El “Catequismo”, la catequesis, fue una labor amplia y persistente de enseñanza de la doctrina cristiana, principalmente a los niños. Por ejemplo, en 1918 se dio catequesis a 320 niños y en 1920 a 500 niños más.

La información sobre las sedes de la Sociedad en las otras ciudades es escasa y esporádica. En el *Boletín* de la Sociedad, en 1921, se publica una pequeña nota sobre la Sociedad de Cali, en la que se señala que se reúne todos los domingos y que posee fondos para desarrollar labores caritativas, entre las que figura el Taller de Artes y Oficios, pero se hace el reclamo de que “no encontramos datos en la citada memoria respecto a la visita a los pobres en sus domicilios... ni al movimiento de su caja en lo que se refiere a las colectas de los socios... ni a las limosnas recaudadas por los mismos... tampoco está el dato del número de familias que socorre, ni la suma que gasta en llevarles limosna en especie o en forma de bonos” (*BSVP* 1921, p. 125.). Al final se les sugiere que se reorganicen bajo la forma ya estatuida de Conferencias, bajo la dirección de un Consejo Central. Sin embargo en 1925 se solicita registrar la personería jurídica de la Asociación de las Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl.¹⁸ En los informes que a partir de 1947 se hacen más regulares, esta asociación parece tener más dinamismo que la Sociedad misma, liderada por los hombres. La Sociedad de Popayán tenía 80 miembros en 1912 y ayudaba a 84 familias; también tenía el proyecto de fundar un ancianato, que aparece registrado en los años de 1930.

La información sobre la Sociedad de San Vicente de Paúl de Barranquilla también es escasa. Sabemos que se funda en 1907, pero sólo partir de 1911 tenemos alguna información sobre ella: en el *Boletín*, de 1911 hasta 1914, se publica la información que la Sociedad enviaba. Para 1911 se informaba que la

¹⁸ Archivo General de la Nación, Fondo República, Ministerio de Gobierno, t. 11, fol. 101-110.

¹⁷ Una comisión de la Sociedad de Bogotá presentó un proyecto para crear un Granero en 1912, pero tuvo varias objeciones: el costo muy alto para iniciar y los altos costos de la administración y de las personas que se necesitaban para manejarlo, lo cual dejaba un rango muy pequeño para reducir los precios de los productos de alimentación.

Sociedad en el año anterior estaba conformada por 39 socios activos y atendía a 16 familias; para el siguiente año había reducido los socios a 32, pero había aumentado a 25 las familias adoptadas; para 1912 estaba compuesta por 35 socios y atendía a 22 familias con bonos que costaron 562.47 pesos oro y en 1913 habían gastado en bonos 454.10 pesos oro. En todos los informes se lamentaban de que la Sociedad no tenía la dinámica que se quisiera. La Sociedad de Cartagena fue fundada en 1907 con el apoyo del Arzobispo y para 1909 había adoptado las regulaciones de la Sociedad Central de París. Como la Sociedad de Cali, la Conferencia femenina en Cartagena, que fue fundada alrededor de 1918, fue más dinámica que la masculina en adopción de familias, en la distribución de bonos y en proponer programas para construcción de viviendas y becas para las escuelas (Simancas 1998).

En la Sociedad de Bucaramanga había comprometidos 50 miembros que realizaban visitas domiciliarias a 40 familias, daban becas a 57 niños y mantenían una casa para niñas jóvenes, mientras que la de Cúcuta tenía 41 miembros en 1912 y apoyaba entre 50 y 60 familias. En otras partes del país la Sociedad parece haber desarrollado más actividad en la ayuda institucional, como es el caso de las sedes de San Gil y Socorro, donde su actividad se centró en organizar establecimientos para niños pobres, y en Pasto, donde la Sociedad se involucró con las escuelas estatales.

En un segundo período la Sociedad de Medellín adquiere mayor dinámica que la de Bogotá, como se observa en el mayor número de socios reclutados y en el hecho de que lograba brindar asistencia a un grupo mucho más amplio de familias. A pesar de ello, el valor en pesos oro de los bonos que repartía la Sociedad de Bogotá continuaba siendo mayor. La Sociedad de Medellín parece haber preferido una mayor cobertura social, aunque los bonos que repartiera fueran más pequeños, mientras que la Sociedad de Bogotá prefería repartir bonos de mayor valor, sin pretender tener un radio de acción tan amplio. Una de las explicaciones de este fenómeno puede tener que ver con el hecho de que el Granero de San Vicente en Medellín efectivamente abarató los costos de los bonos que distribuía la Sociedad, y de esta manera le permitió atender un número mayor de familias, sin necesitar de mayores recursos.

La mayor dinámica de la Sociedad de Medellín también se puede constatar en el programa de Habitaciones para Pobres, ya que para 1930 había construido 138 casas, en tanto que su similar de Bogotá no había logrado hacer más que 120 casas para 1931, cifra de todas maneras importante, y que a lo mejor supera los esfuerzos que el propio Estado podía hacer en este terreno. En el caso de la Sociedad de Medellín debe resaltarse el éxito obtenido con el programa de la Caja de Ahorros y con la actividad de la Casa de Ejercicios; en Bogotá merece destacarse la labor en lo que se denominó la actividad hospitalaria. También es importante resaltar que la Sociedad de Medellín recibió en promedio más aportes estatales, ya fuese del municipio, departamento o de la nación, que la Sociedad de Bogotá. Pareciera sobre todo en este caso que hubiera existido un compromiso mayor del municipio

de Medellín con la Sociedad, por comparación en lo ocurrido con la capital.

La sociedad de San Vicente de Paúl fue una institución privada que tuvo un gran impacto en la larga tradición de la ayuda domiciliaria en esta época, en Colombia; en 1927 tenían 5.000 miembros, había distribuido 130.000 pesos y había construido 400 casas donde habitaban alrededor de 3.000 personas (BSVP 1928, pp. 146-147). Sin embargo, otras sociedades empezaron a llevar a cabo la ayuda domiciliaria, pero con diferentes propósitos. Ninguna de estas nuevas sociedades realizó la clásica ayuda domiciliaria a través de la asistencia controlada por la visita a domicilio. Sus actividades eran más una combinación de ayuda institucional, particularmente en educación y protección, con una variedad de tipos de ayuda más modernas como fueron las cajas de ahorros y las construcción de viviendas. Una de estas sociedades, que tuvo un rol importante en la ayuda a los pobres, fue el Círculo de Obreros en Bogotá, aunque su trabajo nunca adquirió la importancia que tuvieron las actividades de la Sociedad de San Vicente de Paúl para 1920. Más bien a partir de los años 30 de este siglo, apoyada y en asocio con la Acción Católica, ganó dinamismo y amplitud en su labor, posiblemente sobrepasando las acciones de la Sociedad de San Vicente de Paúl, aunque el Círculo de Obreros sumaba un ingrediente político explícito, que no aparece de manera clara, y menos directa, en las actividades de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Fuera de la Sociedad de San Vicente de Paúl hubo otras instituciones posteriores que también desarrollaron la ayuda domiciliaria combinada con la ayuda institucional, como son el Círculo de Obreros de Bogotá fundado en 1910 (Londoño y Saldarriaga 1996), (Londoño y Restrepo 1995) y (Martínez, Noguera y Castro 1996) los Patronatos Obreros, principalmente en la ciudad de Medellín (Mayor 1984; Arango 1991 y Farnsworth, 2000).

Aparte de estas sociedades con sus organizaciones estructuradas e institucionalizadas, hubo también ayuda domiciliaria practicada informalmente. Aunque es difícil encontrar registros, fueron importantes en las localidades donde se ubicaron y desplegaron sus actividades. Estas eran realizadas por pequeños grupos de mujeres que se reunían semanalmente para llevar a cabo la actividad que consideraban importante o la que a veces se les solicitaba. Una práctica común era encontrarse en un sitio para tejer y coser ropa para los niños pobres, o preparar un almuerzo para alguna escuela de niños pobres o para mujeres obreras. Otros grupos se reunían para preparar algún evento anual, como organizar los regalos de navidad o los almuerzos de la primera comunión para los niños pobres. Además los sacerdotes y las hermanas también ofrecían ayuda domiciliaría informal, generalmente organizando cantinas en los barrios pobres, o distribuyendo ropa y comida que ellos podían recoger en las parroquias. Algunas de estas actividades a veces eran registradas en los periódicos locales, como los almuerzos organizados para 80 niños o las cantinas promovidas en 1912 por el jesuita Lucas A. Toledo en Bogotá (*El Ferrocarril* 1894).

Otro tipo de ayuda informal puede derivarse de las relaciones verticales. Cuando los dueños de una casa grande y los pobres arrendadores de las tiendas

vivían en la misma casa, es imposible que los dueños ignoraran las necesidades de sus arrendadores. La ayuda informal podía consistir en ropa, comida e incluso dinero, aunque la tendencia de trasladarse a nuevos barrios de las personas más pudientes disminuyó la cercanía a los pobres y posiblemente las ayudas informales. Sin embargo, encontramos evidencias de ayudas informales entre los dueños de las haciendas que vivían en los centros urbanos y sus trabajadores. Los propietarios enviaban ropa, zapatos viejos y otras cosas que ellos consideraban útiles para sus trabajadores (Deas 1993). Los sirvientes domésticos, uno de los grupos más numerosos en las grandes ciudades, vivían en las casas de las familias para las que trabajaban y algún soporte seguramente recibía para sus familiares y parientes cuando alguna necesidad apremiante ocurría. Ocasionalmente cuando la relación entre los sirvientes domésticos se volvía cercana, encontramos algunos registros de ayuda en los testamentos. Por ejemplo Manuel Vicente Umaña, quien murió en 1927 y dejó una de las fortunas más grandes de Bogotá en ese tiempo, dejó 2.500 pesos oro para que su esposa los distribuyera entre sus sirvientes. En otro testamento más modesto, Rosa Rubio, quien murió en Bogotá el 19 enero de 1918, dejó 100 pesos oro a su sirviente por su buen comportamiento. La ayuda informal a los pobres parece ser una práctica común en las personas más pudientes: la mayoría tenía “sus propios pobres” a quien socorrer.

Desde 1910 en adelante, más sociedades tomaron parte en la ayuda domiciliaria y con la misma dinámica que había adquirido la ayuda institucional. La ayuda domiciliaria, como la institucional, se desarrolló básicamente en los centros urbanos más grandes, concentrándose principalmente en Bogotá y Medellín. Fue realizada casi totalmente por instituciones privadas y la participación del Estado fue mínima. Si bien la ayuda domiciliaria fue llevada a cabo por sociedades laicas, hay poca duda de que había vínculos cercanos con la jerarquía de la Iglesia católica y con órdenes religiosas, particularmente con los jesuitas, para diseñar los programas y cristalizar las actividades.

Por múltiples razones que han sido repetidas en una amplia literatura acerca del tema, los jesuitas son tal vez la orden religiosa más compleja que ha emergido en la historia de la Iglesia católica. Lo que es más relevante aquí, sin mencionar la variedad de las otras actividades que hemos descrito previamente, es el compromiso en la labor pedagógica, basada en la educación de técnicas que todavía se debaten entre de los pedagogos. En Colombia, es necesario señalar que desde el temprano siglo XVII, como en otros territorios que pertenecían a la Corona española, los jesuitas aparecieron como líderes culturales y espirituales de la sociedad, hasta que fueron expulsados en 1767. La sociedad colombiana aparentemente perdió por unos años lo que ellos le había proporcionado en su sentido de dirección, porque ellos dominaban no sólo la cultura intelectual en los campos de la teología y las leyes, sino que monopolizaban la red de los centros

¹⁹ Archivo General de la Nación, Notaría 1, t. 2, no. 710, fol. 93 y t. 1 fol. 333, 1918 respectivamente.

educativos del Virreinato, desde las escuelas pequeñas hasta las aulas de latinidad y las universidades. Cuando los jesuitas regresaron al país en el siglo XIX no encontraron mayores obstáculos en la restauración de sus vínculos cercanos con la sociedad: muchos sectores continuaban viendo a los religiosos como una guía de iluminación, especialmente en el campo de la educación.

Otras sociedades que ofrecían ayuda domiciliaria fueron dirigidas por religiosos, usualmente por un sacerdote líder, aglutinaba a otros religiosos y personas laicas, las personas laicas generalmente eran miembros subordinados en las sociedades y su mayor contribución generalmente era económica, que podía darse a través de una caja de ahorro. Esta estructura fue particularmente característica de las sociedades lideradas y organizadas por los jesuitas, como el Círculo de Obreros. En los primeros años los laicos eran prominentemente hombres, pero a principios del siglo XX las mujeres empezaron a jugar un rol activo e incluso sobrepasaron a los hombres en actividades. Estas personas, tanto hombres como mujeres, en su mayoría eran personas de la elite de las localidades.

No hubo una política estatal de ayuda domiciliaria. Las políticas y las acciones estatales se localizaron en la ayuda institucional. Las instituciones privadas que llevaban a cabo la ayuda domiciliaria también crearon establecimientos en las mismas áreas que el Estado cubría y en las mismas actividades. Tal vez en el área de salud las instituciones privadas fueron menos activas, porque era precisamente la actividad en que el Estado fue más dinámico, como en la fundación de hospitales. Pero las instituciones privadas en la línea de la ayuda domiciliaria fomento bastante las consultas médicas gratuitas y a domicilio. Por el contrario, en el área de educación, donde el Estado no mostró muchas evidencias hasta 1910, las instituciones de ayuda domiciliaría, especialmente la Sociedad de San Vicente de Paúl y posteriormente los jesuitas, participaron activamente.

Las diferentes instituciones privadas de ayuda domiciliaria atendían a diferentes grupos de pobres. La Sociedad de San Vicente abarcaba a un sector amplio de pobres y sus criterios de selección seguía patrones más bien tradicionales: familias sin suficientes recursos, viudas con muchos hijos pequeños, huérfanos y enfermos principalmente. Sin embargo, las otras instituciones como el Círculo de Obreros, los Patronatos de Obreros y la Acción Católica se preocuparon básicamente de artesanos y obreros. Si bien en estas instituciones la noción de obreros cubre un sector amplio, personas que tenían trabajo pero no suficiente para su supervivencia, la idea de obreros constituye un grupo definido claramente al que hay que ayudar, pero también significa la introducción de un concepto más moderno de categorización, aunque se tratara del grupo de los pobres que podía estar en mejores condiciones, pues al menos tenían trabajo y por lo tanto algún ingreso.

Si bien hemos señalado que las diferentes instituciones privadas realizaron su compromiso de ayuda de distinta forma, la idea de caridad moderna fue la inspiración y la motivación para ayudar y dar, y cada vez más basada en la filosofía del liberalismo católico. Esta noción de caridad tenía como principal objetivo la idea de asistir moral y espiritualmente al mejoramiento de las personas más

necesitadas. La combinación de la asistencia material, espiritual y moral fue la idea central de las instituciones privadas que llevaron a cabo la ayuda domiciliaria en Colombia a principios del siglo XX.

Tal vez la más importante distinción entre las diferentes instituciones de ayuda a domicilio fue la posición que adoptaron con relación a la participación política. La decisión de no participar en la contienda partidista que había caracterizado a las instituciones privadas del siglo XIX, en los años siguientes a 1910 va tomar diferentes rutas. Las instituciones que estuvieron fuera de la participación política, como la Sociedad de San Vicente, gradualmente se desdibujaron de la vista pública y parece que su dinamismo disminuyó, aunque sus actividades no desaparecieron completamente e incluso actualmente continua realizando ayuda domiciliaria, pero con menos prominencia. Las instituciones que decidieron participar más activamente en política, como el Círculo de Obreros y la Acción Católica, adoptaron una cara de mayor militancia pública y sus actividades adquirieron mayor dinámica desde 1930, algunas de sus actividades fueron más orientadas y motivadas por el sindicalismo que por la caridad.

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

Archivos

Archivo General de la Nación. Colombia
 Archivo Histórico del Concejo Municipal de Cali.

Periódicos y publicaciones periódicas

Anales de la Sociedad de San Vicente, Bogotá, 1870
Bisemanario Religioso. Bogotá. 1918.
Boletín de Historia y Antigüedades. Bogotá. 1938.
Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paúl, Bogotá, 1911-1932 [BSVP]
El Catolicismo. Bogotá. 1925.
El Ferrocarril. Cali. 1894.

Documentos Oficiales

Reglamentos de la Sociedad de San Vicente de Paúl con las notas aclaratorias publicadas en 21 de Noviembre de 1853, Bogotá, Talleres Tipográficos de Domínguez & León.
Memoria del Presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl y Discurso del Socio José María Rivas Leídos en la Sesión Solemne Celebrada el 21 de Julio de 1901. 1901. Bogotá. Imprenta de Vapor.
Memoria del Presidente de la Sociedad Central de San Vicente de Paúl. Acta de la Sesión Solemne Celebrada en la Capilla del Sagrario el Domingo 20 de Octubre de 1907 y Otros Documentos. 1908. Bogotá, Imprenta de La Luz.

Libros

- Samper, M. 1969. *La miseria en Bogotá y otros escritos*, Bogotá, Universidad Nacional.
- Uribe, A. 1908. *Sociedad Central de San Vicente de Paúl de Bogotá. Celebración del Quincuagésimo Aniversario 1857 - 1907. Memoria Histórica*, Bogotá, Imprenta Nacional.

FUENTES SECUNDARIAS

- Adonica, L. 1995. "Political and Institutional Constraints of Reform: The Charity Reforms Failed Campaigns against Public Outdoor Relief, New York, 1874-1898", *Journal of Political History*, vol. 7, no. 3, pp. 341-364.
- Arango, L. 1991. *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*. Medellín, Universidad de Antioquia-Universidad Externado.
- Arrom, S. 2001. "The Societies of St. Vincent de Paul in Mexico, 1845-1894: A Precursor to Social Catholicism?", *Ponencia Latin American Studies Association Meeting*, Washington.
- Arrubla, M. y Urrutia, M. 1970. *Compendio de Estadísticas Históricas de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional.
- Botero, F. 1995. "La Sociedad San Vicente de Paúl de Medellín y el mal perfume de la política, 1882-1914", *Historia y Sociedad*, no. 2, pp. 39-74.
- Botero, F. 1996. "Los Talleres de la Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín. 1889-1910", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, no. 42, pp. 3-21.
- Castro, P. 1994. "Beneficencia en Medellín, 1800-1930", *monografía*, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Catteneo, B. 1997. *Frédéric Ozaman le bienhereux*, Paris, Cerf.
- Deas, M. 1993. "Una Hacienda Cafetera en Cundinamarca: Santa Bárbara. 1870-1912", en M. Deas, *Del Poder y la Gramática y otros ensayos sobre Historia, Política y Literatura Colombianas*, Bogota, Tercer Mundo, pp. 233-268.
- Farnsworth, A. 2000. *Dulcinea in the Factory. Myths, Morals, Men and Women in Colombian's Industrial Experiment, 1905-1960*, Durham, Duke University Press.
- Innes, J. 1998. "State, Church and Voluntarism in Europe Welfare, 1690-1850", en, *Charity, Philanthropy and Reform. From 1690s to 1850*, Lenders: Macmillan Press, Hugh Cunningham y Innes Joanna (ed.), pp. 15-65.
- Jaramillo, G. 1982. *La miniatura, la pintura y el grabado en Colombia*, Bogotá, Colcultura.
- Londoño, R. y Restrepo, G. 1995. *Diez historias de vida "Las Marías"*, Bogotá, Fundación Social.
- Londoño, R. y Saldarriaga, A. 1994. *La ciudad de Dios en Bogotá. Barrio Villa Javier*, Bogotá, Fundación Social.
- Martínez, A., Noguera, C. y Castro, J. 1996. *Educación, poder moral y modernización. Historia de la acción educativa de la Fundación Social. 1911-1961*, Bogotá, Fundación Social.
- Mayor, A. 1984. *Ética, trabajo y productividad en Antioquia. Una interpretación sociológica sobre la influencia de la Escuela Nacional de Minas en la vida, costumbres e industrialización regionales*, Bogotá, Tercer Mundo.
- Mc. Colgan, D. 1951. *A Century of Charity. The First One Hundred Years of the Society of St. Vincent de Paul in the United States*, Milwaukee, the Bruce Publishing Company.

- Montoya, M. y Gamba, S. 1989. “Contribución al conocimiento de la asistencia social en Bogotá entre 1850-1920: Sociedad de San Vicente de Paúl”, *monografía*, Universidad Nacional, Bogotá.
- Noguera, C. 1998. “La higiene como política. Barrios obreros y dispositivos higiénicos: Bogotá y Medellín a comienzos del siglo XX”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 25, pp. 188-215.
- Ospina, V. 1974. *Industria y protección en Colombia. 1810 1930*, Medellín, E. S. F.
- Sáenz, J. 1991. *Genealogías de Santa Fe*, Bogotá, Presencia.
- Silva, R. 1989. “La educación en Colombia. 1880 1930”, en *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, t. iv, pp. 61-86.
- Simancas, S. 1998. “El papel de los religiosos y los médicos en la caridad y asistencia pública en Cartagena, 1895-1925”, *monografía*, Universidad de Cartagena, Cartagena.
- Wolf, S. 1997. “Prefácio: Ideologias e práticas de caridad na Europa occidental do Antigo Regime”, en I. Do Guimarães Sá, *Quando o rico se faz pobre: Misericórdias, Caridad e Poder no Império Português, 1500-1800*, Lisboa: Comissão Nacional, , pp. 7-13.

ANEXO

CUADRO 1

**NÚMERO DE FAMILIAS ADOPTADAS Y BONOS ASIGNADOS.
SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAÚL DE BOGOTÁ
1911 - 1931**

Años	N° de Familias Adoptadas	Bonos asignados (Pesos)
1911	451	1.520,15
1912	379	93.774
1913	No hay información	
1914	163	8.741,11
1915	294	11.275,25
1916	321	10.071,17
1917	416	9.698,90
1918	365	16.654,19
1919	316	14.028,33
1920	313	10.043,62
1921	304	7.784,53
1922	352	8.471,68
1923	344	8.910,82
1924	213	6.366,18
1925	324	9.470,18
1926	354	12.830,12
1927	317	12.767,34
1928	287	12.055,82
1929	296	11.812,52
1930	296	11.576,28
1931	296	13.762,06

Fuente: *BSVP*, no. 12-241 (Bogotá 1911- 1932).

CUADRO 2**NÚMERO DE FAMILIAS ADOPTADAS Y BONOS ASIGNADOS.
SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAÚL DE MEDELLÍN
1912 - 1930**

Años	N° de Familias Adoptadas	Bonos asignados (Pesos)
1912	264	6.375
1913	221	5.706
1914	No hay información	
1915	298	9.355
1916	507	8.016
1917	601	12.080
1918	691	13.102
1919	705	8.235
1920	615	8.584
1921	738	7.626
1922	571	7.642
1923	616	8.504
1924	619	7.302
1925	549	7.440
1926	498	8.175
1927	421	8.077
1928	540	9.044
1929	617	7.772
1930	732	6.560

Fuente: *BSVP*, no. 12-241 (Bogotá, 1911- 1932).